

EVARISTO MARTIN NIETO

SANTA TERESA DE JESUS Y LA BIBLIA

Separata de ESTUDIOS ABULENSES . Núm. 12 . Julio Diciembre 1993

SANTA TERESA DE JESUS Y LA BIBLIA¹

I. TERESA DE JESÚS Y DON QUIJOTE DE LA MANCHA, LA LOCURA DEL AMOR

El primer regalo que Santa Teresa hizo a la humanidad, ya cuando niña, fue el ser aficionada en extremo a libros de caballería, incluso a escribir uno de ellos, que, para infortunio nuestro, no figura en el elenco de sus obras impresas, tal vez por ella misma destruido. Porque esta desmedida afición suya le hizo perder ya un tanto el seso para dejarse llevar incontinentemente justo por las dos fuerzas motrices de la caballería andante: correr aventuras con riesgo de la propia vida por tierra de moros y entregarse a los encantos de dulces y platónicos sueños amorosos.

¹ Este artículo contiene el texto íntegro de la conferencia leída por el autor en la clausura de la IX Semana Bíblica de los Cursos Bíblicos a Distancia, celebrada en la Casa de la Cultura de Ávila el día 10 de julio de 1982, como homenaje a Santa Teresa de Jesús en el IV centenario de su muerte.

NOTA. — Las citas de los textos teresianos están tomadas de «SANTA TERESA DE JESÚS. Obras completas», 5ª. edición manual elaborada por EFREN DE LA MADRE DE DIOS Y OTGER STEGGIK. Madrid, 1976.

Las citas sobre DON QUIJOTE se hacen de la primera y la segunda parte de «Don Quijote de la Mancha», con los números romanos I y II seguidos de números arábigos correspondientes al capítulo que sea. V. gr. I, 17 quiere decir el capítulo 17 de la primera parte, y II, 52, el capítulo 52 de la segunda parte.

¿Y qué cosa puede haber más grande que dejarse llevar por Dios, a la buena ventura, por los fascinantes caminos de la vida, empujados al propio tiempo por el poder irresistible del amor, la más noble y rica esencia de la persona, origen, a la par, de los más grandes aciertos y de los más locos desvaríos? Debemos dar gracias a Dios porque Santa Teresa comenzara de este modo a perder el seso, «gastando muchas horas del día y de la noche» embebida en la lectura de libros de caballería y disgustada cuando no tenía un libro nuevo que leer (V 2, 1). Al igual que su hermano Don Quijote de la Mancha, que lo perdió también a fuerza de pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio leyendo también libros de caballería (I, 1).

Porque si Don Quijote no se hubiera vuelto loco, ¿cómo hubiera podido tomar la decisión de profesar en la orden de los caballeros andantes, instituida para defender a las doncellas, amparar a las viuda, socorrer a los huérfanos y a los menesterosos (I, 11), valer a los que poco pueden, vengar a los que reciben tuertos y castigar alevosías (I, 17), perdonar a los humildes y castigar a los soberbios, acorrer a los miserables y destruir a los rigurosos (II, 52)?, ¿cómo podría ser nuestro señor Don Quijote el gran caballero de la fe, ministro de Dios en la tierra y brazo por quien se ejercita en ella su justicia (I, 13), el que desaface los entuertos y da de beber al que ha sed y comer al que ha hambre (II, 10), verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos (II, 26); cuyo ejercicio es el de las armas y cuya profesión la de favorecer a los necesitados de favor (II, 27)?

Y si Santa Teresa no hubiera perdido el seso, ¿cómo hubiera podido convertirse en una «vagamunda y inquieta» (Cta 254,3), como ella misma, no sin cierto gustoso asentimiento,

recuerda que la llaman, o la «fémina inquieta y andariega, desobediente y contumaz... andando fuera de la clausura contra el orden del Concilio Tridentino y prelados» como llegó a calificarla el mismísimo Nuncio de Su Santidad el Papa? ¿cómo hubiera podido nuestra Santa sufrir con tanta complacencia «los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves (F 18, 4), las malas noches (F 21, 7), los grandes cansancios (F 27, 17), los caminos cansosos, con poca salud y aun con hartos males y calenturas (F 18, 4)? ¿Cómo hubiera podido sobreponerse a los crueles ataques de graves, prudentes y sesudos eclesiásticos, que, apoyándose en la Sagrada Escritura, pero ignorando el verdadero sentido de la misma, la conminaban a que cumpliera «ad pedem literae» el mandato de San Pablo sobre el «encerramiento de las mujeres» (CC 16) y se dejara de andar, disipada y frívola, por aquellos caminos, que más que de Dios, eran del Diablo, y se recluyera en santo conventual recogimiento?

Y es que nuestra Santa supo conjuntar prodigiosamente la oración contemplativa de los religiosos con la intrepidez y valentía de los «valerosos y esforzados caballeros» andantes (D 1), tal y como Don Quijote explicaba a Vivaldo, y que es en lo que está la perfección más aita, pues consiste en poner sacrificadamente en práctica lo que tan ardientemente se vive, se pide y se desea:

«Los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra, pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden... no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados hielos del invierno... No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que, sin duda, es más trabajoso y más aporreado, y más

hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso (1, 13)», porque «vamos buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias de los tiempos y a todas las incomodidades de la tierra» (1, 17). Así, en efecto, lo reconoce Santa Teresa: «Terrible cosa es estar siempre en peligro y cargados de armas y sin comer» (D, 4), «ni tener un rato para descansar con seguridad» (D, 3).

Al igual que aquel gran caballero de caminos, que fue Pablo, hecho a caminar por todos los confines del mundo conocido arrojando valerosamente los mayores peligros en viajes incontables, peligros de ríos y de mares, en la ciudad y en el desierto; trabajos y fatigas, desnudeces y fríos, noches sin dormir y días sin comer; peligros de propios y de extraños, de salteadores y de falsos amigos, de heridas, torturas y prisiones; Pablo, el primero después del Único, Jesucristo, fatigado caminante en los insufribles calores de Palestina. Un poco de esto tiene también Juan Pablo II, apóstol actual, llevado por las alas del viento en raudos vuelos, para recorrer todos los confines del mundo, el Papa, que nos disponemos a recibir en esta querida tierra nuestra, su madre espiritual a través de sus dos maestros preferidos, nuestros paisanos Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Andar por campos y caminos, marcharse a los desiertos, por idealismo puro, para alabar a Dios a gritos, como gente sin sentido y loca:

«Esto debía sentir San Francisco —dice nuestra Santa— cuando le toparon los ladrones, que andaba por el campo dando voces y les dijo que era pregonero del gran Rey, y otros santos, que se van a los desiertos por poder pregonar lo que San Francisco estas alabanzas de su Dios.

Yo conocí a uno llamado fray Pedro de Alcántara, que hacía esto mismo y le tienen por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh, que buena locura, hermanas, si nos la diera Dios a todas!» (6M6,11).

A Santa Teresa ciertamente Dios le dio esta locura, como se la dio a Pablo, a Francisco y al Quijote, cuatro locos que, por serlo de verdad, llegaron adonde no ha llegado nadie, a la cima más alta de la perfección cristiana. Esa conciencia de la propia locura fue para San Francisco fruto de revelación divina: «El Señor me dijo que quería hacer de mí un nuevo loco en el mundo, y el Señor no quiso llevarme por otra sabiduría que ésta».

Las gentes decían que la Santa estaba loca (F 3, 3). No podían decir de ella cosa que le pudiera agrandar más. Ella suspiraba por merecer tal privilegio, al que muy complacidamente llama «glorioso desatino, celestial locura» (V 16, 1). La Santa, además, tenía clara conciencia de su locura: «cuando esto escribo no estoy fuera de la santa locura celestial» (V 17,4).

Esta era su mayor conquista, que desea y pide para sí y para todos sus amigos: «que estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor» (V 17, 4). «Suplico a vuestra merced seamos todos locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron» (V 16, 6),

Él, Jesucristo, fue, en efecto, el primer loco, el más loco de todos, pues movido por amores infinitos, incomprensidos y no correspondidos, abandona su condición divina para someterse a las condiciones de la miserable y depravada naturaleza nuestra (Fil 2, 6-7).

¡Qué hermosa maravilla la de perder el seso por amor y que triste panorama el de un mundo de cuerdos y cómo se conduele de ellos nuestra Santa:

«Qué sabio el que se holgó de que le tuvieran por loco, pues lo llamaron a la mesma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo» (V 27,14).

«Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán y la obra lo ser; mas ansi se enmiendan pocos. Más, ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? No están sin él, con gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los apóstoles, y ansi calienta poco esta llama» (V 16, 7).

Pero ella estaba loca, al estilo de su hermano Don Quijote. Uno y otra expresaron en verso los más profundos y entrañables abismos de su bendita locura. Don Quijote en aquel madrigalete, en que leemos:

«Así el vivir me mata,
que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída
la que conmigo muerte y vida trata».

Fiel trasunto de aquellos de Teresa:

«Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida.
No me tengas impedida
en este lance tan fuerte,
mira que muero por verte
y vivir sin ti no puedo,
que muero porque no muero.

Justo lo de San Pablo que quería y pedía ser liberado de este cuerpo de muerte (Rom 7, 24).

Escuchad estas palabras de Ignacio Anzoátegui:

«Santa Teresa de Jesús y Don Quijote de la Mancha son las dos representaciones de España: la santidad y la caballería, la vida novelesca y la novela vivida, la monja andariega y el caballero andante, el éxtasis y la locura, el camino de Dios y el camino de las estrellas»².

«Santa Teresa, doncella peregrina de la caballería religiosa, le tiene el estribo a Don Quijote, guerrero atormentado de la religión caballeresca. Y le tiene el estribo no para rendirle un favor, sino para merecer un servicio, porque la santidad necesita de la caballería como el alma necesita del cuerpo para completar la gloria de su bienaventuranza»³.

Sólo en clave de tal locura se pueden interpretar correctamente la vida y los escritos de Santa Teresa. El mejor homenaje que podemos tributar a nuestra Santa en este IV centenario de su muerte es pedirle el toque de su santa locura, pues sólo así estaremos capacitados y dispuestos para hacer algo que merezca la pena de vivir, pues este mundo tan vulgar en que vivimos está sobrado de sentido común y falto de locos desvaríos como tan profunda y tan bellamente dejó dicho Unamuno, el mejor intérprete del Quijote y acaso también de Teresa:

² «Genio y figura de España», por IGNACIO ANZOATEGUI. Madrid, 1941, pg. 27.

³ Ibid., pg. 28.

«El toque está en generosa rebelión contra la lógica, durísima tirana del espíritu»⁴.

«La locura, la verdadera locura, nos está haciendo mucha falta, a ver si nos cura de esta peste del sentido común, que nos tiene a cada uno ahogado en el nuestro»⁵.

O como me escribía hace unos días un preso de la modelo de Carabanchel:

«Yo sé que estoy un poco loco, pero me gusta esta locura, porque me acerca más a Dios. Ser loco en un mundo de cuerdos es estar más cerca de Dios, es estar en Dios».

II. LA BIBLIA MEDIDA DE LA VERDAD

Un «desatino santo», una celestial manía de la Santa, es la obsesión de que todo en su vida estuviera en absoluta conformidad con la Sagrada Escritura. La Biblia, en efecto, es palabra canónica, es decir, palabra normativa, por la que debe regularse la vida del creyente. Más aún: para la Santa, la Biblia es la medida de la verdad, de toda la verdad. Las revelaciones, las visiones, los arrobamientos, las comunicaciones espirituales, para ser admitidas como verdaderas, tienen que resistir la prueba de la Biblia. En los inicios de su andadura fundacional, ante el tumulto de oposiciones, los ataques furibundos, las graves dificultades que se le presentan, sólo importa estar segura de una cosa: de que la revelación, que tuvo, de meterse a fundadora «no vaya contra la Sagrada Escritura» (V 32, 17).

⁴ «Vida de Don Quijote y Sancho», por MIGUEL DE UNAMUNO. Madrid, 1975, pg. 81.

⁵ *Ibiden*.

Las claridades necesarias para acabar con los tormentos insufribles, con las espantosas dudas sobre la naturaleza de las gracias espirituales, que sin cesar recibe, es decir, el discernimiento de espíritu para saber si todo aquello es de Dios o es del Diablo, sólo puede encontrarse en la Biblia:

«De tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme a la Sagrada Escritura; y como un tantico torciese de esto, mucha más firmeza sin comparación tenía en que es demonio, que ahora tengo de que es de Dios, por grande que la tenga» (V 25, 13).

El Señor nos habla en la oración; en ella oímos sus palabras. Palabras. A veces palabras extrañas, tal vez palabras imaginadas, de invención propia, pura palabrería, palabras que hay que rechazar:

«Ninguna que no vaya muy conforme a la Escritura hagáis más caso de ella que si la oyeredes al mismo demonio» (6 M 3, 4).

¿Y por qué la Biblia ha de ser la norma universal y suprema, la ley fundamental por la que debe regirse la vida de los individuos y de los pueblos? Porque la Biblia no es un libro, es «el libro», el único libro, que reclama una autoría divina. Santa Teresa afirma de una manera vigorosa, rotunda y reiterante la inspiración de la Biblia. Y lo hace, además, con terminología y en conceptos filosófico-teológicos, que atribuyen al Espíritu Santo esta acción inspirativa, y que considera al Hagiógrafo con funciones tan sólo de causa instrumental. Esa era justamente la doctrina que a la sazón impartían los tomistas en las cátedras de la Universidad de Salamanca. De este supuesto inapelable, la Santa deduce dos consecuencias lógicas: 1ª. La inerrancia, o mejor, la verdad de la Biblia. En la Biblia ni hay ni puede haber error: «El salmista no puede

mentir, pues es dicho por el Espíritu Santo» (C 31, 2). 2. La riqueza insondable y la pluralidad de sentidos de la Biblia. Hay cosas que el Espíritu Santo las dice muy a las claras (MN 3, 10), pero existen, a la par, «grandes misterios» (MC 1,4) en las palabras de la Biblia, cuyo verdadero sentido ni siquiera los doctores, que escribieron muchas exposiciones sobre lo que quiere decir el Espíritu Santo, acaban de darle (MC 1, 8).

Con estas afirmaciones la Santa proclama uno de los principios básicos de la noemática bíblica: nos está hablando de sentidos literales, sentidos claros, contenidos en el significado gramatical de las palabras y de sentidos supraliterales, sentidos misteriosos, difíciles de detectar y descubrir por la inteligencia humana, pues incluso a veces ni están siquiera intentados por el Hagiógrafo y sólo a la luz de una nueva revelación pueden conocerse.

Dentro de este campo de la hermenéutica, nuestra Santa establece también un principio de interpretación peculiar de la Biblia. En todas las partes de la Biblia, pluriformes y diversas, fruto de pluralidad de autores y culturas, reina la unidad más absoluta, la más perfecta armonía, debido a la unicidad de un solo autor principal. En virtud de esta doctrina, que iba a ser parte integrante del dogma católico, Santa Teresa tiene la osadía de decir a los exegetas de su tiempo «que no se sigan por solo una parte de la Escritura, que miren otras» (CC 16). Cualquier texto de la Biblia debe ser clarificado no sólo a la luz de los lugares paralelos y en su contexto próximo, sino a la luz del amplio contexto de la Biblia toda y guiados, al mismo tiempo, por el principio de la analogía de la fe bíblica.

Dios es el autor de la Biblia, de todas y cada una de sus partes. De las partes aparentemente más nobles, que afectan al elemento religioso y que entran dentro del campo del dogma y la moral, y de aquellas otras, que pertenecen al mundo de lo vulgar y lo profano. Santa Teresa descubre la presencia de Dios en todas y en cada una de las partes de la Sagrada Escritura, aun en las más insignificantes. He aquí estas afirmaciones suyas:

«Más quede de una suerte que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina (V 40, 2).

«No faltará una tilde de ella» (V 40, 1).

«Por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me ponía yo a morir mil muertes» (V 33, 5).

Y es que para la Santa la Biblia es la fuente suprema de toda espiritualidad. Ella fue asidua lectora de muchos y buenos libros, pero los libros de la Biblia influyeron en su vida religiosa mis, mucho más, que todos esos buenos y devotos libros:

«habiéndome a mí el Señor de algunos años acá dado un regalo grande cada vez que oyo u leo algunas palabras de los Cantares de Salomón, en tanto extremo, que sin entender la claridad del latín en romance me recogía más y movía mi alma que los libros muy devotos que entiendo —y esto es casi ordinario— y aunque me declararan el romance tampoco le entendía más» (MC prólogo, 1).

«Me han recogido más la palabras de los Evangelios que salieron de aquella sacratísima boca así como las decía, que libros muy bien concertados» (C 35, 4).

Al experimentar y al decir todo esto con la mayor sencillez, tal y como ella lo sentía, no estaba lejos de la doctrina de aquellos herejes protestantes, de los que con tanta frecuencia

se lastima y conduele, que proclamaban criterios subjetivos para probar la inspiración de la Biblia y que iba a plasmar Cresmer en aquella frase famosa: «La Biblia habla al alma». Y porque ésa es la gran verdad, debemos decir con el Padre Lagrange, considerado con razón como el padre del actual movimiento bíblico católico, que ya va siendo hora de que se caigan de nuestras manos tantos libros devotos escritos con agua de rosas que adormecen el espíritu, para quedarnos con la Biblia. Estas palabras que escriba él en los años cuarenta se han convertido ya, gracias al Concilio Vaticano II, en realidad progresiva. En todo caso el hombre religioso, si es auténtico, llega un momento en que se queda tan sólo con la Biblia como fuente de su vida espiritual y como libro de cabecera, de lectura y de meditación diaria.

Esto que debe ser la norma para el individuo, lo debe ser también para las comunidades y los pueblos. El contenido de la Biblia no puede ser clausurado en la esfera de lo puramente religioso. Abarca todos los campos de acción de la vida humana. La Biblia se presenta como la normativa de más alto rango, como la Constitución de las Constituciones de toda la humanidad, la única Constitución perfecta que jamás necesita de reformas, válida para todos los tiempos, y todos los espacios, reguladora de toda convivencia, código internacional de circulación para transitar correctamente por todos los caminos del mundo, la Carta Magna de los derechos humanos, que en ella, antes que en ningún sitio, fueron proclamados. Lo lamentable es que, siendo la Biblia la Palabra de Dios, viva y eficaz, interpeladora para todos los hombres, haya sido en realidad una palabra muerta. Y que los que teníamos la obligación de haber proclamado con todo vigor esta Palabra para anunciar y defender a tiempo y a destiempo los derechos

del hombre, hayamos hecho de ella una palabra muda. Si el mundo anda siempre tan mal, se debe únicamente al desconocimiento de estas verdades, que acabamos de enunciar, es decir, a la ignorancia bíblica. Atención a estas palabras de Santa Teresa:

«En esta Magestad se me dio a entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades... Todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad» (V 40, 1).

Con cuánta razón, pues, podemos afirmar con Santa Teresa que lo más importante de todo, lo único que traerá al mundo su definitivo bienestar es el conocimiento de las verdades bíblicas. No creo que haya en todo el corpus teresiano una afirmación de tanta profundidad y trascendencia. Conocer las verdades de la escritura. Este fue el gran deseo insatisfecho de la Santa:

«Oh, Jesús, y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma» (7 M 3, 13).

La Santa no pudo llegar nunca a saber estas cosas. Y esto por dos razones fundamentales. La primera, porque, como ella dice, la palabra de Dios es tan rica en contenido que:

«Tiene en sí mil misterios y así su principio no entendemos nosotros. Así si estuviera en latín u hebreo u en griego, no era maravilla; mas en nuestro romance ¡qué cosas hay en los salmos del glorioso David, que, cuando nos declaran el romance solo, tan oscuro nos queda como en el latín» (MC 1, 2).

«En lo demás alegramos de que tengamos tal Señor, que aun palabras suyas dichas en romance no se pueden entender» (MC 1, 2).

La Biblia comenzó a escribirse hace tres mil años. Y se escribió en el mundo oriental, en un período de unos mil años, con unas categorías mentales bien distintas y distantes a estas occidentales y grecorromanas nuestras. Para poder hacer una lectura inteligente de la Biblia hay que aprender unas técnicas de interpretación, conocer unos métodos muy concretos y específicos, adquirir unos amplios conocimientos de la Biblia, conocer y saber aplicar en cada caso la diversidad de géneros literarios, la fuerza del lenguaje original, el estilo de los hagiógrafos, la historia bíblica sincronizada con su mundo entorno, el acervo cultural extrabíblico y tantas otras cosas que capacitan para poder circular correctamente por los caminos bíblicos, para poder llegar al conocimiento de esos «mil misterios» que contienen las palabras de la Escritura. Y esto sólo se puede conseguir mediante unos estudios muy serios y muy profundos. Estudios que Santa Teresa no pudo realizar.

La segunda razón es simplemente porque la Santa no pudo ni siquiera leer la Biblia. El índice de libros prohibidos publicado por el Gran Inquisidor Fernando de Valdés en el 1559 incluye la Biblia en todas las lenguas vulgares. En él se dice textualmente: «Omnes Bibliae et omnia Testamenta nova in quocumque vulgari sermone». La Biblia sólo se puede leer en latín, en griego y en hebreo, y como la Santa no sabía ni latín, ni griego, ni hebreo, no pudo leer la Biblia. En cartas a la hermana María Bautista de Valladolid en 1577 le dice que no le envía la licencia del Papa «porque, como está en latín, no lo entiendo hasta que haya quien lo declare» (Cta 36, 1-2).

Y en otro lugar:

«Me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latín, en especial el salterio» (V 15, 8).

Es bien notorio que, al citar versículos de salmos, que se había aprendido de memoria en el rezo y cuyo sentido conocía, con bastante frecuencia lo hace de una manera incorrecta, propia del que desconoce el latín.

A mí me extraña, y no poco, el que a la Santa le molestara que sus hijas supieran el latín. He aquí lo que dice en el año 1576 a su amiga más íntima, su entrañable y adorada María de San José, priora de Sevilla:

«Antes que se me olvide. Muy bien venía la del P. Mariano, si no trajera aquel latín. Dios libre a todas mis hijas de presumir de latinas» (Cta 146, 30).

Yo creo intuir —no sé si acierto— que Santa Teresa se refiere a una doncella de Toledo sobre la que Yepes nos dice lo siguiente:

«Había en Toledo una doncella que yo también conocí, muy amiga de sermones y estaciones. Habló a la Santa Madre y ella, a la primera vista, pagose de su entendimiento, salud y buena inclinación, y así la quiso recibir. Y estando ya concertada su entrada para un día señalado, vino la víspera de él a hablar y tratar alguna cosa con la Santa Madre. Y cuando se quiso despedir para ir a su casa, dijo la doncella: 'Madre, también traeré una Biblia, que tengo'. Luego que oyó ella estas palabras, con gran determinación respondió: "¿Biblia, hija? No vengáis acá, que no tenemos necesidad de vos ni de vuestra Biblia, que somos mujeres ignorantes y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos

mandan". Y así la despidió de ser monja, porque le pareció ser mujer muy bachillera y curiosa».⁶

Es bien claro que se trataba forzosamente de una Biblia en latín, pues las Biblias castellanas estaban prohibidas en esas fechas. Hasta esas fechas tenemos en castellano las siguientes versiones: Desde comienzos del siglo XII en algunos monasterios se comenzó a traducir los salmos del latín al castellano, las lecturas de evangelios y epístolas de los domingos, el libro del Apocalipsis. Versiones muy parafraseadas. La más completa, aunque también incompleta, es la llamada Biblia Alfonsina, hecha del latín, que incluye Alfonso el Sabio en su «General Estoria»; hacia el año 1430 tenemos la primera versión completa hecha del hebreo por el judío Moshé Arragel de Guadalajara. Es la llamada «Biblia de Alba», propiedad del Duque de Alba y reeditada en Madrid los años 1920-22. En el 1553 aparece la llamada Biblia de Ferrara, de la que se publicaron dos versiones, una para cristianos y otra para judíos y que circuló ampliamente por Europa antes de que aparecieran las versiones protestantes. Entre los reformadores españoles fue Casiodoro de la Reina quien efectuó la primera versión castellana realizada sobre los textos originales y que se publicó en los años 1567-69 en Basilea conocida con el nombre de «Biblia del Oso». Santa Teresa había leído, sin duda, en castellano las epístolas y los evangelios de los domingos.

Pudo haber leído, hasta el 1599, los manuscritos de la Biblia de Alba y la de Ferrara, cosa que no creo por razones que

⁶ «Tiempo y vida de Santa Teresa», por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOO Y OTGER STEGGIK. Madrid, 19684, Págs. 391-92.

luego daremos. La que no leyó nunca fue la de Casiodoro de la Reina.

Debo de confesar que a mí me desconcierta la decisión de la Santa al rechazar a esta doncella —que tan buena impresión le había causado— sólo porque leía la Biblia en latín, pues eso se contradice con todo lo que dice sobre la Biblia. De todas formas, que tiempos tan distintos aquellos de la Santa a estos maravillosos nuestros. Distintos como distintos y distantes son el Concilio Tridentino, que adopta una postura de reserva ante la Biblia, a la que prácticamente recluye en las celdas de los conventos y en las aulas de los Seminarios y de las Universidades, y el Vaticano II, que devuelve al pueblo lo que jamás debió de arrebatarse: la Biblia, la carta que ha enviado Dios a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los espacios, para que nos sirva de consuelo en esta dura vida del exilio. Yo creo que el famoso principio de «distingue tempora et concordabis jura» aquí no puede tener aplicación alguna, pues ningún humano —sea quien sea— tiene derecho o poder para prohibir la lectura de la Palabra de Dios. Ni siquiera la Iglesia, pues la Iglesia nace de la Biblia y a ella se debe, es la intérprete oficial de la Biblia, pero también debe ser su más fiel servidora, pues por encima de la Iglesia, del magisterio de la Iglesia, está la Biblia.

III. LA BIBLIA COMO NORMA DE LA ESPIRITUALIDAD

Para Santa Teresa la espiritualidad tiene que estar probada y confrontada con la Biblia. Sólo la Biblia puede imprimir en ella sello de garantía:

«Llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos; de devociones a bobas nos libre Dios» (V 13, 16).

Porque en el Pueblo de Dios siguen apareciendo falsos profetas, escrupulosos fariseos, espiritualoides desquiciados, ilusos pseudomísticos, que incluso creen llegar al trance de imaginadas enajenaciones, de embebecimientos dulcísimos, de celestiales arrobamientos, que más que arrobamientos son «abobamientos», como dice la Santa. Abobamientos que desaparecen con dormir y comer y no hacer tanta penitencia (4 M 3, 11). Para no caer en semejantes boberías y seguir con seguridad el camino de la perfección, es menester ser guiados y dejarse guiar por la suprema verdad de la Biblia, el libro de la espiritualidad, base insustituible de toda religiosidad auténtica.

Pero, ¿cómo encontrar esta verdad bíblica? EL acceso directo a la Biblia le estaba prohibido. Por otra parte, una interpretación correcta y a fondo de la misma tampoco le hubiera sido posible. Sólo hay un camino: dejarse de ser «bobas» (C 46, 3) y acudir a los letrados. Santa Teresa advierte a sus monjas sobre la necesidad de tener un director espiritual, que sepa discernir con claridad lo verdadero de lo falso y que sepa dar sabios consejos. Y este oficio sólo pueden hacerlo con garantía los letrados:

«Hay que tener maestro que sea letrado, y no le callar nada, y con eso ningún daño puede venir» (V25, 14).

«Siempre os informad, hijas, de quien tenga letras, que en estas hallaréis el camino de la perfección con discreción y verdad. Esto han menester mucho las perlas si quieren hacer bien su oficio, confesarse con letrados (y si no hará hartos borrones pensando que es santidad), y aun procurar que sus monjas se confiesen con quien tenga letras» (F 19, 1).

«Esto pido yo por amor de Dios a la que estuviere por mayor, procure siempre tratar con quien tenga letras, y que traten sus monjas. Dios las libre por espíritu que uno les parezca tenga, regirse en todo por él, si no es letrado» (C 8, 2).

Esto, sobre todo al principio, es absolutamente necesario:

«Es bien que a los principios lo comunicuéis debajo de confesión con un muy buen letrado, que son los que nos han de dar la luz» (6 M 8, 8).

De aquí que los obispos tengan la grave obligación de designar como confesores de monjas a los letrados y no a los tontos.

¿Y quiénes son los letrados? Son hombres «avisados y de buen entendimiento», hombres de estudios, conocedores de las ciencias del espíritu, pero, sobre todo, hombres expertos en las Sagradas Letras. Los letrados de Santa Teresa son justamente los escribas de la Biblia, los maestros de la Biblia. Las modernas traducciones de la Biblia los llaman también así: letrados. Una lectura reposada de Santa Teresa nos dice que en el pensamiento de la Santa un letrado es lo que hoy llamamos un escritorista. He aquí unos cuantos textos testimoniales:

«El letrado mira que lo sobrenatural vaya conforme a la Sagrada Escritura» (V 34, 12).

«Con todo esto, a tiempo no le faltaban temores, y pareciole que a la gente espiritual también podían estar engañados como ella, que quería tratar con grandes letrados, aunque no fueran muy dados a la oración; porque ella no quería sino saber si era conforme a la Sagrada Escritura todo lo que tenía» (CC 53, 9).

«Así que importa mucho ser el maestro avisado —digo de buen entendimiento— y que tenga experiencia; si con esto tiene letras es grandísimo negocio... y es gran cosa letras, porque éstas nos

enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz, y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos; de devociones a bobas nos libre Dios» (V 13, 16).

Entre un letrado sin oración y otro con oración, pero sin letras, la Santa no duda en elegir al letrado:

«Y no se engañen con decir que letrados sin oración no son para quien la tiene..., porque en la Sagrada Escritura que tratan siempre hallan las verdades del buen espíritu» (V 13, 18).

Y es que el que no tiene letras, es decir, el que no conoce la Sagrada Escritura no puede encontrar las verdades de buen espíritu, que sólo están contenidas en la Biblia. Encontrarán las verdades de su espíritu. La Santa continúa de esta guisa:

«He dicho esto porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oración, si no tienen espíritu, ya dije es menester espiritual maestro; mas si este no es letrado, gran inconveniente es» (V 13, 19).

He aquí un nuevo y triste testimonio:

«Comienza una monja a tener oración. Si un simple la gobierna... por faltarle a él la luz, no la da a los otros, aunque quiera» (V 14, 17).

Una experiencia de su propia vida:

«Gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados y buen letrado nunca me engañó» (V 5, 3).

La cosa está bien clara: un hombre de oración, un santo, si queréis, si es medio letrado, es decir, medio tonto, seguramente aconsejará tonterías, o medio tonterías, mientras que un letrado, aunque no sea hombre de oración, sabrá dar siempre sabios consejos.

Atención a esta anécdota: El Padre Antonio de Córdoba escribió una carta a San Ignacio de Loyola el 17 de febrero de 1555 en la que dice lo siguiente, nada menos que del sabio Fr. Domingo Soto: «Si no era con el Evangelio delante, que no sabía pensar en Dios, que como era invisible, que no sabía que pensaban algunos hincados de rodillas dos horas ante el altar, que él no podía hacerlo»⁷. Hay que decir también para ser fieles al pensamiento de la Santa que el ideal sería un letrado que fuera además santo:

«Gente de espíritu y de letras han menester tratar» (C 8, 4).

La Santa era una mujer de palabra. Lo que decía, eso hacía. Siempre trató con letrados: «Mis confesores siempre han sido grandes letrados» (F 27, 15).

Quiero referirme sólo a cuatro, y por orden cronológico, en los que letrado equivale claramente a escriturista:

1º. *El maestro Gaspar Daza*, sacerdote abulense, que tanto la ayudó, sobre todo al comienzo de las fundaciones. De él dice textualmente: «Dijéronme de un clérigo letrado que había en este lugar» (V 23, 6). Que aquí «letrado» equivale a experto en la Biblia, lo testimonia Fernández Valencia, que retrata así a Gaspar Daza: «Era de un sutil ingenio y le aplicó al estudio de las Sagradas Letras»⁸.

2º. *El P. Pedro Ibáñez*, dominico de Ávila, del que la Santa dice que «era el mayor letrado, que entonces había en el lugar, y pocos más en su orden» (V 33, 16). Entre estos «pocos» habrá que contar al P. Báñez, que tanto influyó en la Santa. El P.

⁷ *Ibid.*, pág. 150.

⁸ *Ibid.*, pág. 151.

Báñez era también un gran escriturista, gran conocedor de la Sagrada Escritura:

«Y tratelo con este padre mío dominico, que, como digo, era tan letrado que podía bien asegurar con lo que él me dijese, y díjele entonces las visiones... y supliquele lo mirase bien y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura» (V 33, 16).

El P. Ibáñez lo comentó a su vez con otro gran letrado, el P. Mancio, de Corpus Christi, ambos dominicos. Y ambos a dos:

«ninguna han hallado que no sea muy conforme a la Sagrada Escritura. Esto me hace ya estar sosegada» (CC 4).

El número 5 del dictamen que hizo sobre Santa Teresa reza así: «Todas las cosas que le dice van conformes a la Escritura divina».

3º. *El doctor Velázquez*, canónico y catedrático de Toledo, «hombre muy letrado y virtuoso, que ahora era obispo de Osma» (F 28, 10). «Muy gran letrado y siervo de Dios» (F 30, 1). El doctor Velázquez fue uno de los grandes confidentes de Santa Teresa. Y uno de los que lograron llevar al espíritu de la Santa mayor sosiego, confianza y seguridad. Y esta tranquilidad de espíritu la consiguió con verdades y argumentos tomados de la Biblia:

«Me hizo un gran provecho, porque me aseguraba con cosas de la Sagrada Escritura, que es lo que a mí más me hace al caso» (F 30, 1).

Y en esta frase definitiva: «Como es tan letrado autoriza con Sagrada Escritura» (Cta 113.6).

4º *EL P. Jerónimo Gracián*. Santa Teresa le califica como «hombre de muchas letras» (F 23, 1). Más tarde le

dedicaremos unas líneas. Digamos ahora que era experto en Biblia, pues «leía la cátedra de Sagrada Escritura en la catedral de Sevilla»⁹. Le consideró un hombre de letras y un hombre de Dios. Justamente la encarnación del hombre ideal que ella buscaba y recomendaba a sus hijas.

Debemos, creo yo, tomar buena nota de los consejos de la Santa. Asesorarse siempre de letrados. La Santa no puede comprender que no se haga así:

«Espántame muchas veces letrados, religiosos en especial, con el trabajo que han ganado lo que sin ninguno, más de preguntale, me aproveche a mí. ¡Y que haya personas que no quieren aprovecharse de esto!» (V 13, 20).

Peto antes de dejar en paz a los letrados, digamos que en la vida de la Santa hubo dos momentos en que los letrados estorbaban: 1º. En tiempos de quietud, de paz y de sosiego. Cuando el alma está en gratísima comunicación con Dios, cuando el entendimiento está «cerca de la luz, con grandísima claridad» (V 15. 8).

«Y es ansí que me ha acaecido estando en esta quietud con no entender casi cosa que rece en latín, en especial del salterio; no sólo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir» (V 15, 8).

Aquí estorba el ruido de palabras, las consideraciones y los razonamientos:

«Esto es bueno para los letrados que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar Escrituras... En estos tiempos de quietud

⁹ *Ibid.*, pág. 627.

dejar descansar el alma con sus descansos, quédense las letras a un cabo» (V 15, 8).

Al fin de cuentas el conocimiento de las Sagradas Escrituras nos debe servir no para saber más cosas —que eso bien poco importa—, sino para saber vivir mejor. Y tanto mejor vivimos cuanto más en Dios estamos. Y en tiempos de quietud el alma está enteramente en Dios. No necesita, por tanto, que la vengan a importunar los letrados con sus exégesis bíblicas.

2º. Al final de la vida, en mayo de 1581, la Santa escribe estas palabras:

«Ya no he menester andar con letrados ni decir nada a nadie» (CC 66, 7).

El alma ha llegado a la cima más alta de la quietud. Se siente plenamente en Dios. Tiene la absoluta certeza de que está en la verdad. Ha legado, pues, a la cumbre de la sabiduría. Ya no necesita de letrados; que Dios mismo es el Gran Letrado, que le ofrece las seguridades máximas de que se encuentra en el mejor de los caminos. En definitiva, la Santa sólo tuvo un libro en su vida:

«Cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me dava recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín, me dijo el Señor: «No tengas pena, que yo te daré libro vivo... Su Magestad ha sido el libro verdadero donde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar!» (V 26, 6).

IV. LAS CITAS BÍBLICAS

En la lectura del Corpus Teresiano nos tropezamos a menudo con referencias bíblicas. El número de las citas explícitas, si no matemático, sí muy aproximativo, es el siguiente:

Citas en general: 220. Del Antiguo Testamento: 80. Del Nuevo Testamento: 140. Las del A.T. están repartidas así: del Pentateuco: 11; de los Libros históricos: 12; de la Lírica (Salmos y Cantar): 43; de los Sapienciales: 9; de la Literatura Episódica: 3 (Jonás); de la Apocalíptica: 1 (Daniel); de los Profetas: 1 (Jeremías). Las del N.T. así: de los Evangelios Sinópticos: 65; del Evangelio de San Juan: 45; Hechos: 4; del Corpus Paulino: 24; del Apocalipsis: 2.

Unas 43 citas son literales, algunas estén incluso entrecomilladas por la misma Santa, 22 del N.T. y 16 del Salterio: 12 en latín, 1 de San Pablo (filipenses), 2 de San Juan, 1 de San Lucas, 1 del Cantar y 7 del Salterio. Parece muy claro que la Santa citaba siempre de memoria. Algunas veces incluso ella misma lo dice: «He leído no sé dónde... ». Pero esto es evidente en las citas en latín, que ordinariamente son transcripciones incorrectas, lo que atestigua que la Santa no sabía latín y que no tenía el texto delante. Baste sólo un ejemplo: «letatun sun yn is que dita sun miqui» (salmo 121, 1, citado en V 27, 18). Por lo demás, estas citas literales son perfectas, cosa nada extraña, pues, aparte la preclara inteligencia de la Santa, se trata de citas muy sencillas y muy breves, de textos muy conocidos y manejados por ella, pertenecientes, por lo general, a los Evangelios y al Salterio.

Vemos, no con sorpresa, pero sí con dolor, que la Santa desconoce prácticamente las partes más nobles de la Biblia. Del A. T. ignora por completos a los profetas. Sólo cita y «ad literam» dos palabras de Jeremías: «Maldito el hombre,

etcétera» (Jer 17, 5), en una carta al P. Ambrosio Mariano en 1576 desde Sevilla, en que le habla de las marañas que le dejó. Del N.T. en realidad sólo conoce los Evangelios. A San Pablo, a pesar de ser uno de sus grandes amigos, también lo desconoce por entero. Santa Teresa no leyó nunca directamente a San Pablo. Las citas paulinas son siempre de segunda mano. Vayan estos ejemplos:

«Topé con una letra donde dice mi buen padre (Gracián) que dice San Pablo que no permite Dios que seamos tentados más de lo que podemos sufrir. Aquello me alivió harto» (1 Cor 10, 13, en CC 44.^a, 2).

«Estando en un oratorio muy afligida no sabiendo que había de ser de mí, leí en un libro que dice San Pablo que era Dios muy fiel, que nunca a los que le amaban consentía ser del demonio engañados. Esto me consoló mucho» (ib en V 23, 15).

«En una parte me parece que he leído u oído que nuestra vida está escondida en Cristo en Dios —que todo es uno— u que nuestra vida es Cristo» (Col 3, 3, en 5 M 2, 4).

«Estando leyendo en un libro, hallé otro dicho de San Pablo, que me comenzó a consolar, y recogida un poco, estaba pensando cuán presente había traído de antes a nuestro Señor, que tan verdaderamente me parecía ser Dios vivo» (1 Tim 4, 10 (?), en CC 44, 3).

Creo que tampoco leyó directamente los Evangelios completos. He aquí este testimonio muy significativo:

«Y así orando una vez Jesucristo nuestro Señor por sus apóstoles —no sé dónde es— dijo que fuesen una cosa con el Padre y con Él como Jesucristo nuestro Señor está en el Padre y el Padre en Él» (Jn 17, 21, en 7 M 2, 9).

Sabemos que tampoco leyó el libro de Job:

«Tengo por gran merced de Dios la paciencia que su Magestad me dio... Mucho me aprovechó para tenerla haber leído el libro de Job en los Morales de San Gregorio» (Job 2, 10, en V5,8).

Llegamos, pues, a la conclusión definitiva de que la Santa no leyó la Biblia y seguramente ningún libro completo de la Biblia; que sus conocimientos bíblicos, reducidos en parte muy notable a los Evangelios y al Salterio, le vienen de tres fuentes fundamentales:

1ª. La liturgia, la celebración de la Palabra en la Santa Misa y el rezo coral de los salmos. 2ª. La lectura de «buenos libros», lo que constituía toda su recreación (V 4, 8). Hubo un tiempo en su vida en que «jamás osava comenzar a tener oración sin un libro» (V 4, 1). 3ª. Los sermones de buenos predicadores —de los que tanto gustaba— salpicados de citas en latín tomadas de la Vulgata tal y como ordenaba el Concilio de Trento.

Hemos de decir que de las 220 citas de la Biblia hay bastantes repetidas. Así, por ejemplo, las cuatro citas de los Hechos son idénticas y se refieren a la conversión de San Pablo.

Tenemos que hacernos también una pregunta: ¿Qué interpretación hace Santa Teresa de la Biblia?

Digamos, en primer lugar, que fue una buena interpretación de los textos bíblicos. El P. Manso, confesor que fue de la Santa, dice que en alguna ocasión le descifró ciertos textos de la Biblia como pudiera hacer un doctor o un iluminado¹⁰. Del P. Manso son también estas palabras:

¹⁰ *Ibid.*, pág. 955.

« ¡Oh, bienaventurada mujer; oh, ángel del cielo! Bendito sea Dios, bendito sea Dios. Más quisiera argüir con cuantos teólogos hay que con esta mujer»¹¹.

Las citas están generalmente interpretadas en su sentido genuino. Pero esto, en realidad, no significa gran cosa, pues se trata de textos sencillos, cuya interpretación, por otra parte, ya ella encuentra en los libros de donde los toma o se lo ha oído interpretar a los letrados (MC 1, 8). A pesar de todo, nos encontramos con interpretaciones puramente acomodaticias y siempre cargadas de significaciones místicas. La Santa parece dominada psicológicamente por la santa manía de aplicar los textos bíblicos a los diversos estadios y a las múltiples situaciones, por las que el alma va pasando o en los que, a lo largo del camino de la perfección, se va encontrando. El método, en principio, es no solamente legítimo, sino laudable. Hay que hacer hablar a la Biblia en todos los momentos de nuestra vida, en las situaciones sociales, psicológicas y espirituales que nos condicionan; pero todo esto sin violentar nunca el sentido primigenio, el único inspirado, que la Biblia tiene. Es legítimo utilizar los sentidos acomodaticios, pero siempre que se haga como mandan los cánones, sabiendo y advirtiendo la clase de exegesis que estamos elaborando, y sin salirse nunca por los cerros de Úbeda. Yo no digo que la Santa se salga por los cerros de Úbeda, pero sí digo que es proclive a interpretaciones simbólicas y alegóricas de tipo místico. Creo que en esto es singularmente tributaria de San Juan de la Cruz, que en todos sus escritos se mueve constantemente en esta clase de interpretación mística.

¹¹ *Ibid.*, pág.955.

Retomando las palabras del P. Manso, diremos que la Santa, al hacer exégesis bíblica, lo hace no tanto como un «doctor, sino como un «iluminado», aunque como un iluminado inteligente. Veamos sólo un ejemplo de su exégesis sobre el Cantar. El Cantar de los Cantares, el Cantar por excelencia, el más bello entre todos, el único, porque es un canto al amor. Es difícil someter a medida este bello poema, como es difícil precisar las dimensiones del amor. Si el amor es el mayor de los misterios, un misterio también es este libro. ¿De qué se habla aquí? ¿Del amor profano? ¿Pero es que el amor puede ser profano?, ¿No dice San Juan que Dios es amor? Entonces el amor es lo más divino, siempre divino. ¿Pero es que hay acaso diferencia esencial entre ambos amores? ¿Pero es que el amor no es uno sólo, siempre el mismo? ¿Y es que al amar al prójimo no estamos ya amando al mismo Dios? EL amor, que no encuentra nunca la expresión exacta de lo que es, recurre en estos poemas a las más extrañas y atrevidas ocurrencias de la fantasía: un conjunto de bellas metáforas, que entretienen con el juego del amor, que nace y que muere, que recomienza y que se pierde, que se va trenzando y destrenzando caprichosamente, como ocurre sin cesar en la vida amorosa de los hombres. Y todo para decirnos que las relaciones de un hombre con otro, y de todos con Dios, se tienen que centrar en el amor. La unión de los esposos, «conjunción de vida en amor transformante», ¿no es la más fuerte realidad y el símbolo más bello para hablar de desposorios místicos? Esto, muy en síntesis, es el poema. Pues bien, Santa Teresa lo desencarna de sus realidades materiales y humanas para referirlo absolutamente todo al mundo de lo abstracto, de lo espiritual y de lo sobrenatural. En realidad, hace sólo exégesis de cinco versículos del Cantar. Acierta, al decir que el Cantar es susceptible de diversas explicaciones, acierta igualmente al

no hacer caso de los que dicen que estas cosas no las lean gentes simples» (MC 1, 11), pues la Palabra de Dios jamás puede hacer daño a nadie, pero no acierta, creo yo, al explicarlo. Fijémonos, por ejemplo, en la frase «Bésame con los besos de tu boca». He aquí algunas de las interpretaciones que da al beso del amor:

1. La esposa habla con Jesucristo en cuanto Dios y en cuanto hombre:

«Paréceme a mí en esto que dice al principio habla con tercera persona. Y es la misma, que da a entender que hay en Cristo dos naturalezas, una divina y otra humana» (MC 1, 10).

2. La esposa pide al Señor la institución del Santísimo Sacramento:

« ¿No nos llegamos al Santísimo Sacramento? Y asin pensaba yo si pedía la esposa esta merced que Cristo después nos hizo» (MC 1, 11).

3. La esposa pide al Señor la encarnación del Verbo:

«También he pensado si pedía aquel ayuntamiento tan grande, como fue hacerse Dios hombre, aquella amistad que hizo con el género humano» (MC 1, II).

4. La esposa pide al Señor la perfecta amistad, y la unión plena, la santa paz:

«Pide aquella santa paz que hace aventurar al alma a ponerse en guerra con todos los del mundo, quedando ella con toda seguridad y pacífica... juntarse la voluntad de Dios de manera que no haya división entre Él y ella, sino que sea una misma voluntad» (MC 3, 1).

¿Quién puede dudar del sentido espiritual de la frase? Pero, al propio tiempo, ¿qué «medio letrado» puede también dudar de que estas interpretaciones —al menos las tres primeras— son totalmente sofisticadas y, por tanto, inadmisibles?

No podemos, pues tomar a Santa Teresa como buena maestra de interpretación bíblica. Ella era, además, bien consciente de ello, pues lo advierte incluso con reiteración. No pudo cursar estudios en ninguna universidad. Tampoco pudo ser alumna de los Cursos Bíblicos a Distancia, no llegó a poseer el instrumental necesario para la elaboración de una exégesis objetiva y, por consiguiente, no pudo hacerla. Yo no dudo en afirmar que si la Santa hubiera vivido en nuestro días, hubiera impuesto, como una de sus primordiales obligaciones, a todas sus hijas del Carmelo, la de matricularse en nuestros Cursos Bíblicos. Ella misma hubiera sido nuestra más preclara y fervorosa alumna.

V. AMIGA DE LOS PERSONAJES BÍBLICOS

La Santa no tuvo acceso directo a la Biblia, pero sí lo tuvo a los grandes personajes bíblicos, conocidos por los relatos de los libros piadosos y de las historias sagradas. Fue especialmente devota de David, San Pedro, San Pablo, la Magdalena, la Samaritana, Marta y María.

De David:

«De este glorioso rey soy yo muy devota, y quería que todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores» (V 16, 3).

Le entusiasma la alegría de David y una de las cosas que más admira y alaba en él es verle bailando delante del Arca de Dios

con todas sus fuerzas, cantando al son de cítaras, arpas, tambores, sistros y címbalos, como si fuera un enajenado de amor (2 Sam 6, 5, en V 16, 3).

En San Pedro admira su humildad, que le hace considerarse indigno de los grandes favores del Señor y exclama: «Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecados» (V 22, 11; cf. Lc 5, 8). Admira también su valentía y su generosidad, que le hacen pertenecer a esa clase de hombres que no dudan en ponerse en peligro para allegar almas al Señor, y que se echan al mar, o donde sea, como han hecho otros muchos santos (cf. MC 2, 33). Admira igualmente el contraste de sus cobardías y sus heroicidades:

«Gusto yo mucho de San Pedro, cuando iba huyendo de la cárcel, y le apareció Nuestro Señor, y le dijo que iba a Roma a ser crucificado otra vez; ninguna rezamos esta fiesta adonde esto está, que no me es particular consuelo. ¿Cómo quedó San Pedro en esta merced del Señor u qué hizo? Irse luego a la muerte» (7 M 4, 5).

Ensalza sobremanera el trabajo incansable de San Pablo, que no tuvo descanso ni de día ni de noche, que hasta por las noches tenía que trabajar para ganarse con sus propias manos el pan de cada día (7 M 4, 5). La Santa es un buen testimonio de estas fatigas apostólicas. Tuvo también como ideal de su vida el propio de San Pablo, que llegó a convertir en realidad plena:

«Me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia podría decir lo que San Pablo —aunque no con esa perfección— que no vivo yo ya, sino que Vos, criador mío, vivís en mí» (V 6, 9).

«Un gran deseo de verse ya con Dios y desatado de esta cárcel, como lo tenía San Pablo» (C 32, 3).

«Su vida es Cristo y la muerte una ganancia (7 M 2, 6; cf. Fil 1, 23).

San Pedro y San Pablo: «Eran estos gloriosos santos muy señores míos» (V 29, 5).

«Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena y a veces pensava en su conversión, en especial cuando comulgava» (V 9, 2).

De esta Santa, para edificación propia y ajena, pone de relieve estos aspectos de su vida:

1. Sus grandes penitencias, a pesar de haber sido «criada siempre en tantos regalos» (V M 4,13).
2. Su conversión fulminante, al igual que San Pablo: «Si no mirad un San Pablo, una Magdalena; en tres días el uno comenzó a entender que estaba enfermo de amor y la Magdalena en uno» (C 69, 3).
3. Su ocio santo, a los pies del Señor, en oración de quietud (la Santa confunde a la Magdalena con María, la hermana de Lázaro)
4. Su locura de amor.

Es igualmente devota de Marta y de María y no cayó nunca en la simplicidad —iba a decir en la estulticia— de cuantos se constituyen en maestros espirituales para legalizar el divorcio entre la vida activa y la contemplativa y hablar de la superioridad de esta sobre aquella:

«Creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerlo siempre consigo y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara?» (7 M 4, 14).

«Allí está el alma que no se quería bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; a esta oración puede también ser Marta (ansi que está casi obrando juntamente en vida activa y

contemplativa) y entender en obras de caridad y en negocios que convengan a su estado» (V 17, 4).

«Entiendo yo aquí que pide hacer grandes obras en servicio de nuestro Señor y del prójimo, y por esto huelga de perder aquel deleite y contento; que aunque es vida más activa que contemplativa, y parece perderá si le concede esta petición, cuando el alma está en este estado, nunca dejen de obrar casi juntas Marta y María; porque en lo activo, y que parece exterior, obra lo interior y cuando las obras activas salen de esta raíz, son admisibles y olorosas flores» (MC 7,3).

«Santa era santa Marta, aunque no la ponen era contemplativa... Si entrambas se estuvieran, como la Magdalena, embevecidas, no hubiera quien diera de comer al huésped celestial. Pues pensad que es esta congregacioncita la Casa de la santa Marta y que ha de haver de todo» (C27,5).

La «Santa samaritana» es el símbolo de la esposa que «desfallece del mal de amores». De amores al Señor, su verdadero esposo, y de amores a los hombres, sus queridos hermanos:

«Qué herida devia estar de esta yerva. Y cuan bien havia comprendido en su corazón las palabras del Señor, pues deja al mesmo Señor porque ganen y se aprovechen los de su pueblo... Parece que deve ser uno de los grandes consuelos que hay en la tierra ver uno almas aprovechadas por medio suyo... Iva esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta a mi es ver cómo la creyeron, una mujer. Y no devia ser de mucha suerte, pues iba por agua. De mucha humildad sí; pues cuando el Señor le dice sus faltas, no se agravió (como lo hace ahora el mundo, que son malas de sufrir las verdades); sino díjole que devia ser profeta» (MC 7, 5.6.7).

« ¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva, que dijo el Señor a la Samaritana» Y ansi soy muy aficionada a aquel evangelio» (V 30, 19).

Gusta de relacionar acontecimientos importantes de su vida con la festividad de este manojito de santos singulares. A propósito de la fundación de Alba de Tormes dice: «Púsose el Santísimo Sacramento y hizose la fundación día de la conversión de San Pablo, año 1571» (F 20, 14). Y sobre la fundación de Palencia: «Gustó mucho se fundase aquel día, por ser el rezado del rey David, de quien yo soy devota» (F 29, 11). Acerca de la última fundación, la de Burgos, tan difícil y costosa, dice que llegaron a Burgos «un viernes, día después de la conversión de San Pablo. 26 de enero» (F 31, 11). El 29 de junio de 1950, festividad de San Pedro y San Pablo, la Santa tuvo la primera visión, visión intelectual (V 27,2). En un día de la Magdalena se la quitaron los deseos de morir y se quedó con ganas de continuar en este destierro, al estilo de San Pablo, para servir más y más a Dios: «El deseo y ímpetu tan grandes de morir se me han quitado, en especial desde el día de la Magdalena, que determiné de vivir de buena gana servir mucho a Dios» (CC 18). Otro día de la Magdalena el Señor le confirmó una gran merced que le había hecho en Toledo, «eligiéndome en ausencia de cierta persona en su lugar» (CC 24). Y también otro día de la Magdalena «me hizo el Señor una gran merced y me dijo que de aquí adelante me esforzase, que le había de servir más que hasta aquí» (CC 33).

Por qué tuvo devoción a estos santos?

Porque fueron antes grandes pecadores. Lo dice expresamente. Esa fue también la razón para ser devota de San Agustín: «Yo soy muy aficionada a San Agustín por haber sido pecador» (V 9, 7). La Santa se consideró, como ellos, una gran pecadora. En carta a su hermano le dice:

«Yo salí la más ruin de todos, a quien buestras señorías no havian de conocer como hermana, según soy... Esto digo en toda verdad» (Cta 2, 15).

En su subautobiografía hace de sí misma este retrato:

«Cosa vuin, tan baja, tan flaca y miserable y de tan poco tomo..., en fin, mujer y no buena, sino ruin» (V 18, 4).

«Yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos» (V 7, 22).

«Y cierto por todas partes me parece que no ha havido otra peor en el mundo» (CC 1, 23).

«Esto escribo por mi confusión, viendo la bondad de Dios y mi ruin vida que merecía «estar en los infiernos» (CC 28).

He aquí el relato de la famosa visión del infierno:

«Estando en día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me pareció «estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenía aparejado y yo merecido por mis pecados» (V 32, 1).

Quitando lo que de hipérbole —y fruto de la humildad— puedan tener estas expresiones, reveladoras del concepto que la Santa tenía de sí misma, hemos de interpretarías en su justa medida y razón. Yo no creo que se trate de una falsa humildad, queriendo presentarse como débil, ruin y pecadora para que los demás la tengan por fuerte, virtuosa y santa. Eso en ella es inadmisibile, pues eso sí que constituiría la mayor de las ruindades. Por otra parte, hemos de pensar que la visión del infierno fue cierta, pues si esta visión no fue cierta, no hay por que tener por verdaderas las demás. Yo no sé si la Santa fue o no pecadora —sé que hay biógrafos que afirman que no cometió nunca ni un sólo pecado venial—, pero no creo hacerla ninguna injuria si afirmo lo que ella afirma, que estuvo

realmente en el camino de la perdición. Y Dios la liberó de este camino para llevarla por el de las grandes mercedes, como a San Pedro y a la Magdalena (6 M 7, 4). Ella se tiene por muy grande pecadora, como este manojo de grandes pecadores devotos suyos. Pero Dios los perdonó siempre. «A San Pedro una vez, a mi muchas» (V 19, 10; cf. 6 M 7, 4). Pero también, como ellos, se hizo una gran santa. Y al igual que ellos, como contra respuesta a sus pecados, estaba llena del «fuego del amor a Dios» (V 21, 7).

Sabemos, porque lo dijo el mismo Jesucristo, que a la Magdalena le perdonó mucho, porque amó mucho, pues al que mucho se le perdona ama mucho, y al que se le perdona poco, poco ama. No es que para ser grandes amadores haya necesariamente que ser grandes pecadores —aunque por ahí anda el aserto de Jesús—, pero sí que los grandes pecadores tienen que ser grandes amadores, pues al infinito perdón de Dios debe corresponder el casi infinito amor del hombre. La Santa, ya en el camino de la perfección, tuvo la visión del cielo y a las primeras personas que allí vio fue a sus padres (V 38, 1). Y en otra ocasión vio abrirse los cielos y contempló, al estilo de San Pablo, maravillas intraducibles al lenguaje humano. Y aunque, como ella atestigua, «lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada..., entendió estar allí todo junto lo que se puede desear» (V 39, 22).

Tuvo, por fin, otra visión, en la que prácticamente se ve confirmada en gracia:

«Pareciome que me via vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no vía quien me la vestía; después vi a nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi padre San José al izquierdo, que me vestían aquella ropa. Diésemi a entender que estava ya limpia de mis pecados» (V 33, 14).

Quiso elegir un número bíblico para todas sus fundaciones. En cada convento quería que hubiera sólo doce monjas y la priora (V 36, 19). «Nunca queríamos fuesen más de trece, por muchas causas» (V 32, 13). «Nuestro número es de trece» (Cta 22, 8). «Y no es el número más de trece en todos» (Cta 24, 28). «Trece pobrecitas» (CE 2, 8). «Y solas con Él sólo y no ser más de trece» (V 36, 31). En este número ve simbolizado el colegio apostólico en torno a Jesucristo. Más tarde admitió el número quince, dos más, en honor de San José y de la Santísima Virgen María.

VI. ESPIRITUALIDAD BÍBLICA

Pienso que la máxima alabanza que podemos hacer a la Santa es decir que vivió personalmente y que difundió a su alrededor una espiritualidad auténtica, de pura ley, sin adulteraciones, químicamente pura, sin trampa ni cartón, o lo que es lo mismo, una espiritualidad bíblica. La Biblia, en efecto, es el alma de todas las ciencias del espíritu. La teología, la moral, la espiritualidad, la catequesis, la pastoral, la liturgia, sin la Biblia, no son nada. Todas estas disciplinas, para ser objetivas y eficaces, para ofrecer garantías sustanciales, y no convertirse en un idilio de palabras, han de partir de la Biblia y estar siempre en plena conformidad con ella.

Voy a fijarme muy brevemente sólo en cuatro rasgos de esta espiritualidad bíblica teresiana, y no precisamente los más promocionados por sus admiradores, seguidores y propagandistas, pero sí en los que ponen de relieve los grandes valores humanos de la Santa.

1. *El amor*

«El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho» (F 5, 2). «No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced» (4 M 1, 7).

He aquí la norma de más alto rango que Santa Teresa dicta a sus religiosas: hacer siempre lo que despierte el amor y el amor mande. Y es que el amor es el derecho y el deber más esencial que el hombre tiene. Cuando se ejerce en plenitud ese derecho y se cumple debidamente ese deber, se ha llegado a la perfección. Así lo proclama nuestra Santa:

«Entendamos, hijas, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardaremos estos dos mandamientos, seremos más perfectas» (1 M 2, 17)

«Acá sólo estas dos (cosas) nos pide el Señor: amor de su Magestad y del prójimo; es en lo que hemos de trabajar. Guardándolos con perfección, hacemos su voluntad. Y así estaremos unidos a Él» (5 M 3, 7).

«No está la perfección en los gustos, sino en quien ame más... y en quien mejor obrare con justicia y verdad» (3 M 2, 10).

«No está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos y ternuras..., sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad» (V 11, 14).

La Santa afirma de la manera más rotunda que el amor tiene que ir siempre unido a la justicia. Y es que el amor no es otra cosa que la justicia en perfección.

El verdadero amante es un desposeído, que busca únicamente el placer del amado, a quien desea poseer:

«Esta fuerza tiene el amor si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos» (P5, 10).

El verdadero amante es un enajenado, en continua presencia del amado:

«El verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado» (F 5, 16).

Es bien claro que la Santa es una maestra en cuestiones del amor. Que se lo pregunten, si no, a los enamorados.

Hay que amar a Dios y al prójimo. ¿Y qué señal hay para saber si esto lo cumplimos? He aquí la respuesta de la Santa:

«La más cierta señal que —a mi parecer— hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor al prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber (aunque hay indicios grandes para saber que te amamos) más el amor al prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en este os vierdes aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que su Magestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a su Magestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar» (5 M 3, 8).

Creo que estas palabras no pueden estar más en consonancia con la 1ª. carta de San Juan. Por eso la Santa insiste mucho a sus religiosas:

«Pedid a nuestro Señor que os de con perfección este amor al prójimo» (5 M 3, 12).

Pero este amor al prójimo, que es lo primero, ¿cómo debe de ser? Para ser verdadero ha de concretarse en algo práctico, cosa que la Santa llevó a la perfección: Ana María de Ávila dice de ella:

«Tenía la costumbre de no se acostar ningún día sin hacer ni ejercitar obra de caridad»¹².

Consiste en hacer algo por el prójimo. La suma perfección está en dar la vida por el prójimo, como dijo Jesucristo y como dice la Santa de la religiosa Beatriz de la Encarnación que tenía «grandísima caridad con los prójimos, de manera que decía que por cada uno se dejaría hacer mil pedazos». (F 12,2), cosa que ella misma vivía en plenitud:

«Para librar una sota [alma] de tan gravísimos tormentos pasaría yo muchas muertes muy de buena gana» (V 32,6).

A la Santa le molestan, le fastidian y hasta le indignan esas almas místicas, muy dadas a la oración, que han hecho de la contemplación el ideal y la meta de la vida, que viven clausuradas en un mundo personal lleno de gustos espirituales y de un brutal egoísmo, incapaces de sacrificar su comodidad religiosa en aras de caridad al prójimo. Y tenía la mayor de todas las razones. Porque es justamente la encarnación del fariseísmo. Dice así:

«Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella (que parecen no se osan bullir ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido), háceme ver cuán poco entienden del caminar por donde se alcanza la unión. Y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves a una enferma a quien puedes dar algún alivio no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti, y si fuere menester, lo ayunes para que ella coma; esta es la verdadera unión con su voluntad; y que si vieras loar mucho a una persona, te alegrarás más mucho que si te loasen a ti» (5 M 3, 11).

¹² *Ibid.*, pág. 955.

Digamos que de la misma manera que esta clase de gente, tan espiritual ella, encarnación exacta de los fariseos, fue la gran enemiga de Jesucristo, lo fue también de la Santa. Gente, además, perversa y temible, pues se desentienden del prójimo o le atacan despiadadamente, y esto como un servicio a Dios, al que adoran y contemplan en su supuesta oración de quietud. Por eso, de ellos dice estas palabras:

«Dios nos libre de gente tan espiritual que todo lo quieren hacer contemplación perfecta, dé do diere» (Vej 7).

Hacerse religioso para vivir en soledad, «a solas con sólo Dios», enclaustrado en sí mismo y desentendiéndose de los problemas de la humanidad es un egoísmo brutal, incompatible con la doctrina cristiana. No creo en una religiosidad fría y distante, incapaz de vibrar frente a lo humano, que se refugia en el cómodo lugar de la «caridad sobrenatural», que ni es caridad ni es nada. Atención a estas palabras de Ch. Peguy:

«Tampoco me gustan los beatos. Los que como no tienen la fuerza de ser de la naturaleza, creen que son de la gracia. Los que creen que están en lo eterno, porque no tienen el coraje de lo temporal. Los que como no están en el hombre, creen que están en Dios. Los que creen que aman a Dios simplemente porque no aman a nadie».

Santa Teresa no pertenece a esta clase de gente, pertenece a la otra, a los que saben que aman a Dios simplemente porque aman a los hombres. Sabe que, para ser santa, hay que ser profundamente humana, como era ella, pues si se prescinde de lo humano, no hay virtud posible. Desea que a los frailes les «diesen muy bien de comer» (Cta 156, 8), y que sus monjas «no anden hambrientas, que me dan mucha pena» (Ctaa 195, 15).

«Yo soy muy amiga de apretar mucho en las virtudes, más no en el rigor» (Cta 156, 8). A su hermano Lorenzo le dice que no se exceda en tomar disciplina, pues eso es muy malo para la vista (Cta 178, 5) y además: «Más quiere Dios su salud que su penitencia» (Cta 182, 11).

Una de sus normas era proporcionar alegría y contento y hacer felices a los que trataba:

«En esto me daba el Señor Gracia, en dar contentos adonde quiera que estuviese, y ansi era muy querida» (V 2, 8).

«En esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciera pensar» (V3,4).

Esto es vivir la religión con gracia y con estilo, esto es ser santo de verdad: alegrar la vida y jamás amargársela a cuantos nos rodean. Saber darse a todos:

«Acomodarse a la compexión de aquel con quien trata. Con el alegre, alegre, y con el triste, triste; en fin, ha de hacerse todo a todos para ganarlos a todos» (Av 9).

Fue una mujer que supo amar limpia y apasionadamente. Ejemplos maravillosos de este amor es el que tuvo a María de San José y al P. Gerónimo Gracián.

He aquí algunas frases, seleccionadas del abundante epistolario dirigido a María de San José, priora de Sevilla:

«Yo me espanto de lo que la quiero» (Cta 235, 7). «Porque aunque yo la quería mucho es ahora tanto más que me espanta, y ansi me dan deseos de verla y abrazarla mucho» (Cta 287, 1). «Yo no sé qué tentación me ha dado de quererla tanto» (Cta 176, 1). «Con que me quiera tanto como la quiero yo, la perdono hecho y por hacer» (Cta 108, 1). «Sepa que me dan a veces deseos de verla que parece que no tengo otra cosa en que entender» (Cta 116, 5). «Y vuestra reverencia mire por su salud, siquiera por no matarme

a mí» (Cta 126, 1). «Harto consuelo me daría verla, porque hallo pocos tan a mi gusto, y quirola mucho» (Cta 198, 16). «Yo cierto la quiero más de lo que piensa vuestra reverencia que es con ternura» (Cta 309, 11). «Ahora no la queremos penitente, sino que no la de a todos con sus enfermedades, y que me sea obediente. Y no me mate; que con verdad le digo que con ninguna priora que faltase sentirla lo que de vuestra reverencia; no sé cómo la quiero tanto» (Cta 370, 3). «Mucho me consolé con su carta y no es nuevo, que lo que me canso con otras descanso con las suyas» (Cta387, 1).

Es bien sabido que sus relaciones con el P. Gracián son capítulo aparte. Se conocieron personalmente por primera vez en Beas en abril del año 1575, cuando el P. Gracián tenía 28 años y ella 60. Desde el primer momento se entendieron maravillosamente. Sobre esto dice el P. Efrén:

«La compenetración de ambos era espiritual y también temporalmente. Dos eufóricos, extravertidos, adaptables y con don de gentes. Dos cabezas de mando, comprensivos, amplios y de enormes horizontes»¹³.

Ei mismo P. Gracián escribe:

«Ella me comunicó su espíritu sin encubrirme nada, y yo a ella de la misma suerte declaré todo mi interior, y allí nos concertamos de ser siempre conformes en todos los negocios, y ella, además del voto del religión, hizo particular voto de obedecerme toda la vida»¹⁴.

¹³ Ibid., pág. 544.

¹⁴ Ibid., pág. 628.

Así lo confirma la Santa:

«Me hiqué de rodillas y prometí de hacer todo cuanto me dijere toda mi vida..., en fin tenerle en lugar de Dios, exterior y interiormente» (CC 30, 5-6).

En su también abundante epistolario con el P. Gracián, la Santa le cambia el nombre por el de Eliseo, «mi Eliseo», y con más frecuencia por el de Paulo, «mi Paulo», y su propio nombre por el de Ángela y Laurencia. Son también frecuentes las más sinceras manifestaciones del fortísimo amor que le profesa:

«Cosa extraña es que este otro nuestro padre [Gracián] no me hace embarazo lo que le quiero más que si no fuese persona» (Cta 96, 3). «En tocándome un tantito que toque a mi Paulo, no lo puedo sufrir y de mí no me da cosa» (Cta 233, 10). «Con todo sólo el mi Paulo es el que me da cuidado y pena» (Cta 240, 2). «Nunca terne mejores días que a los que allí tuve con mi Paulo» (Cta 159, 12). «Dios me le guarde mucho más que a mí» (Cta 159, 15). «Dios le guarde, que para tener alguna cosa que me diera contento deseo ya ver a Paulo. Si Dios no quiere que le tenga, sea enhorabuena, sino cruz y más cruz» (Cta 305, 14). «Oh, qué de buena gana diera a comer Ángela —según me dice— a Paulo cuando estava con esa hambre que dice» (Cta 149, 10).

Santa Teresa llegar hasta sentir celos: «Yo pensando cual querría más vuestra paternidad de las dos, hallo que la señora Doña Juana tiene marido y otros hijos que querer, y la pobre Laurencia [la propia Santa] no tiene cosa en la tierra, sino a este padre [Gracián]» (Cta 120, 8).

En fin, de todos es sabido que la Santa y el Padre Gracián contrajeron matrimonio espiritual. Bendijo la boda el mismo Dios. He aquí el acta matrimonial:

«Tomó el Señor su mano y la mía [la del P. Gracián y la de la Santa] y dijome que este quería tomase en su lugar toda mi vida y entrambos nos confomásemos en todo» (CC 29, 2).

Y quedaron atados y bien atados en matrimonio indisoluble, mejor, en matrimonio eterno:

«Oh, pues, lo que se regala Ángela [la Santa] con el sentimiento que muestra en una plana después de escrita una carta que le envié. Dice que le quisiera besar muchas veces las manos y que le diga a vuestra paternidad que bien puede estar sin pena, que el casamentero [Dios] fue tal y dio el nudo tan apretado que sólo la vida la quitará y aun después de muerta estará más firme, que no llegar a tanto la bovería de la perfección, porque antes ayuda su memoria a alabar al Señor, sino que esta libertad que solía tener la ha hecho guerra» (Cta 172, 7).

El amor de entrambos fue un amor mutuo, un amor plenamente correspondido. EL P. Gracián llega a decir:

«No quería que ni aun mi madre me quisiera más que ella»¹⁵.

Estos amores llegaron en un momento a preocupar al P. Gracián:

«Respondiéndola yo —dice— un día por qué me quería tanto y mostrava tanto regalo, me dijo muy riéndose: a no sabe que cualquier alma, por perfecta que sea, ha de tener un desagadero; déjeme a mi tener este, que por más que me diga no pienso mudar de estilo que con él llevo»¹⁶.

Todas estas cosas tan bellas y tan humanas agigantan sobremanera la figura de la Santa. Lo que a mí me extraña en ella es el contraste de estos dos consejos a sus monjas:

¹⁵ Ibid., pág. 628.

¹⁶ Ibid., pág. 629.

«Ninguna hermana abrace a otra, ni la toque el rostro, ni en las manos, ni tengan amistades en particular, sino todas se amen en general, como lo mandó Cristo a sus apóstoles muchas veces» (Cs 6, 10).

La verdad es que yo no encuentro por ninguna parte este, según ella, repetido mandato de Jesucristo a sus apóstoles.

Y respecto a los hombres:

«Más tengo bien entendido que —aunque sean santos— les está mejor en estos monasterios el tratar poco con ninguno, que Dios las enseñará; y si no es en el púlpito, aunque sea Paulo, tengo visto mucho trato no aprovecha —por bueno que sea—» (Cta 298, 3).

«A los confesores no hay por qué los ver sin velos jamás ni a los frailes de ninguna orden y muy menos a nuestros descalzos» (Cta 250, 3).

2. El deber del trabajo

Es cosa bien sabida que la primera ley que Dios impuso al hombre es la del trabajo (Gn 2, 1). Todos los hombres y todas las mujeres tenemos la sagrada obligación de trabajar, a excepción de los menores, de los ancianos, y de los inválidos y ganamos el pan de cada día con nuestro propio trabajo. O lo que es lo mismo: la única fuente de subsistencia tiene que ser el trabajo. Esto lo sabía muy bien la Santa. He aquí lo que ordena en las Constituciones:

«Han de vivir de limosna siempre sin ninguna renta y mientras se pudiera sufrir no haya demanda. Mucha sea la necesidad que les haga traer demanda, sino ayúdense con la labor de sus manos, como hacía Paulo» (Cs 2, 1).

Y más adelante:

«Cada una procure trabajar para que coman las demás. Téngase mucha cuenta con lo que manda la regla, que quien quisiere comer que ha de trabajar, y con lo que decía San Pablo» (Cs 2, 6).

De San Pablo, en efecto, es esta sentencia:

«El que no trabaje, que no coma» (2 Tes 3, 11).

Por tanto a trabajar todo el mundo, ricos y pobres. El rico vago es un pecador público. Vivir de las rentas, sin dar golpe, es estar pública y gravemente fuera de la ley más sagrada que Dios ha impuesto al hombre. He aquí, pues, la última y definitiva razón que tenía la Santa para fundar siempre «con pobreza y trabajo» (F 15, 8). Como debe de ser y como no puede ser de otra manera. Yendo de Toledo, camino de Pastrana, se topó en Madrid con el P. Mariano de San Benito, italiano, amigo de Juan de la Miseria. Habló con ambos y le dijeron que querían hacerse ermitaños de Córdoba, porque estos ermitaños:

«no tenían renta ni querían recibir limosna ni la recibían sino de la labor de sus manos se mantenían y cada uno comía por sí harto pobrementemente» (F 17, 8).

La Santa, que sólo tenía dos frailes (Antonio Heredia y Juan de Santo Matía) deseaba que aumentase la comunidad de descalzos y profundamente emocionada por las razones que estos dos frailes le dieran para hacerse ermitaños, con el ánimo de convencerles para que se integraran en su incipiente fundación de hombres, dice:

«Yo le mostré nuestra regia primitiva y le dije que sin tanto trabajo podría guardar todo aquello, pues era lo mismo, en

especial de vivir de la labor de sus manos, que era a lo que l mucho se inclinaba» (F 16, 9).

No quería de ninguna manera que los conventos por ella fundados tuvieran renta. Y estaba en la verdad bíblica. San Pedro de Alcántara la confirmó en su postura aconsejándola que fundara en pobreza efectiva y «que en ninguna manera tomase renta»¹⁷. Pero el P. Báñez terminó por convencerla de que, puesto que el concilio daba licencia para que tuvieran renta, no estaba bien que dejara de fundar un monasterio por eso. Y que, aun siendo de renta, las monjas podrían ser pobres y muy perfectas» (F 20, 1). La Santa terminó por claudicar y admitir conventos con renta. A mi modo de ver, mal hecho. Yo, personalmente, pienso que eso de que se puede ser pobre viviendo de las rentas es antievangélico. Pienso también que «los pobres de espíritu son los pobres de voluntad», como le dijo a la Santa San Pedro de Alcántara en escrito del 14 de abril de 1692¹⁸, es decir, los pobres, efectivos, los que acogen o eligen voluntariamente la pobreza. En realidad, la Santa no claudicó nunca. Atención a estas palabras suyas;

«En lo de la pobreza, me parece me ha hecho Dios mucha merced, porque aun lo necesario no quería tener, si no fuese de limosna, y así deseo en extremo estar adonde no se coma de otra cosa. Paréceme a mí que, estar donde estoy cierta que no me ha de faltar de comer y de vestir, que no se cumple con tanta perfección el voto ni el consejo de Cristo, como adonde no hay renta, que alguna vez faltaré... y así siento mucho cuando me aconsejan tenga renta y tórname a Dios» (CC 2, 4).

En la práctica era siempre reacia a fundar con renta. Esta era la razón por la que no quería fundar en Alba de Tormes, «a

¹⁷ *Ibid.*, pág. 210.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 210.

causa que, por ser lugar pequeño, era menester que tuviera renta, que mi inclinación era a que ninguna tuviese» (F 10, 1).

«Por hacer muchos monasterios de pobreza sin renta, nunca me faltava corazón y confianza, con certidumbre que no les ha Dios de faltar, y para hacer los de renta y con poca, todo me falta; por mejor tengo que no se funden» (F 20, 13).

Tuvo, pues, que admitir monjas con renta y monjas sin renta, cosa verdaderamente lamentable, en cuanto esto da origen a la distinción de clases, de monjas y de freiras. Pero todo esto muy contra su voluntad. Su espíritu siguió siempre incontaminado con «el estiércol de los bienes de este mundo», como ella misma dice (F 10, 9), evangélicamente puro. Y así aconseja a sus monjas:

«No hayáis miedo que os falte nada. Nunca dejéis de recibir las que vinieren a querer ser monjas, porque no tengan bienes de fortuna, si los tienen de virtudes; que por otra parte remediará Dios lo que por esta os habíades de remediar, con el doblo» (F 27, 12).

De esta manera obró ella siempre:

«Jamás he dejado de recibir ninguna por esta falta... Y puedo certificar que no me dava tan gran contento cuando recibía la que traía mucho como las que tomava sólo por Dios, antes las havia miedo, y las pobres me dilatavan el espíritu, y dava un gozo tan grande, que me hacían llorar de alegría» (F 27, 13).

Ella nunca quería vivir en casa de renta (CC 2, 4). Por otra parte, Dios jamás podrá faltarles si se ayudan con el trabajo de sus manos (F 18, 1). La Santa impuso en sus conventos la ley del trabajo y ella fue la primera en cumplirla:

«La tabla del barrer se comience desde la priora, para que en todo dé buen ejemplo... No se haga más con la priora y antiguas que con las demás» (Cs 6, 1).

Isabel Bautista dice de la Santa:

«Hacía el oficio de cocinera y de enfermera y barría y fregaba como las demás»¹⁹.

Ella misma lo afirma sin recato y falsas humidades:

«En esto me hacía Dios mucha merced, que en el trabajo gustaba ser la primera» (F19, 6).

Y como resulta que había monasterios de pobreza y monasterios de renta, para alabanza de unos, humillación de otros y edificación de todos, en sus avisos para visitarlos, encontramos éste:

«Advertir en los unos y en los otros la labor que se hace y aun contar lo que han ganado de sus años, aprovecha para dos cosas: lo uno, para animarlas; lo otro, para que en las partes que no hay tanto cuidado al hacer labor porque no tenían tanta necesidad, se les diga lo que ganan en otras partes; que este traer cuenta con la labor dejado el provecho temporal, para todo aprovecha mucho. Y es les consuelo cuando trabajan, ver que lo ha de ver el prelado» (VD 12).

Digamos, por fin, que para ella el vivir de la renta acusa falta de confianza en Dios:

«Páreceme es poca confianza en nuestro Señor pensar que nos ha de faltar lo necesario, pues su Magestad tiene cuidado hasta del más mínimo animalico de proveer de sustento» (FP-I)...

¹⁹ *Ibid.*, pág. 255.

3. Las injusticias de las riquezas

He aquí el concepto que tiene sobre las riquezas y los ricos:

«Oh, con riquezas, que si tienen bien lo que han menester y muchos dineros en el arca, como se guarden de hacer pecados graves, todo les parece está hecho. Gózanse de lo que tienen, dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dio el Señor como a mayordomos suyos para que partan a los pobres y que le han de dar estrecha cuenta del tiempo que lo tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido a los pobres, si ellos están padeciendo» (MC 2, 8).

En este texto estén contenidas las siguientes ideas:

1. *La injusticia de las riquezas.* En efecto, la riqueza diferenciante, la acumulación de las riquezas en manos privadas es siempre fruto de la injusticia, de la explotación del hombre por el hombre. San Lucas la llama «riqueza de injusticias» (Lc 16, 9). Lo mismo dice San Jerónimo:

*«Dime: ¿de dónde te viene a ti ser rico?, ¿De quién recibiste la riqueza?, y ése, de quién la recibió? Del abuelo, dirás, del padre. ,Y ¿podrás, subiendo el árbol genealógico, demostrar la justicia de aquella posesión? Seguro que no podéis, sino que necesariamente su principio y su raíz han salido de la injusticia» (PO 62, 562-563).
«No digas: gasto de lo mío, disfruto de lo mío. En realidad no es de lo tuyo, sino de lo ajeno» (PG 61, 86).*

2. Hay que repartirlo todo, pues todo es de todos. La Santa dice a los ricos que esos bienes no son suyos, sino de los pobres. Lo mismo que decían los Santos Padres. Oíd estas palabras de San Basilio el Grande:

«Del hambriento es el pan que tu retienes; del desnudo es el abrigo que tienes guardado en el armario; del descalzo es el

calzado que se está pudriendo en tu poder; del necesitado es el dinero que tienes enterrado» (PG 31, 277).

En definitiva, es lo mismo de la Biblia. La tierra es de Dios (Lev 25, 23) y nos la ha dado, con todos sus bienes, a todos por igual. Bien claramente lo expresa el Vaticano II:

«Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y de todos los pueblos... En consecuencia los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad. Jamás debe perderse este destino universal de los bienes» (GS 69).

En realidad, todo lo que nos sobra no es nuestro, es de los pobres. Por esta razón la Santa da a sus hijas esta regla de oro:

«Ansi, vosotras, hijas, siempre mirar con lo más pobre que pudiéredes pasar, ansi de vestidos como de manjares... que no comáis lo que es de los pobres» (MC 2, 110).

3. *Nivelación económica.* La primitiva Iglesia practicó la comunicación de bienes como imperativo fundamental de la doctrina cristiana. Si todos los hombres constituimos una familia, todo debe ser común entre nosotros:

«La multitud de los creyentes tenía un sólo corazón y una sola alma, y nadie consideraba como propio nada de lo que poseía, sino que tenían en común todas las cosas» (Act 4, 32).

Así quería la Santa que vivieran sus hijas:

«En ninguna manera posean las hermanas en particular ni se las consienta, ni para el comer, ni para el vestir, ni tengan arca ni arquilla, ni cajón ni alacena... sino que todo sea común» (Cs 2, 3).

San Pablo recomienda a los ricos que repartan sus bienes «con generosidad y con liberalidad» (1 Tim 6, 18), con el fin de

conseguir la solidaridad y la igualdad económica (2 Cor 8, 13-14). Vana recomendación ésa, dirá la Santa:

«Porque decir a un rico que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacaré mil razones para no entender esto, sino a su propósito» (CE 57, 1).

Estas palabras suenan a denuncia profética. Es lo que hacían los profetas, los adelantados en el mundo de los derechos humanos y de la cuestión social. La voz de los profetas es la voz de Dios y la voz de los que no tienen voz, de los pobres, de los oprimidos, de los marginados, de los explotados. Pero es una voz, como dice la Santa, que los ricos, los poderosos, los opresores, los explotadores y los marginadores no quieren oír nunca. Es mi intento vano, predicar en desierto, sermón perdido. El dinero se torna insensible ante la indignancia. Pero esa postura de insolidaridad en que el rico se encuentra instalado entraña un gravísimo peligro de eterna condenación:

«Lo que es menester, hijas, es contentaros con poco, que no hemos de querer tanto como los que dan estrecha cuenta como la ha de dar cualquier rico y ¡cuán estrecha! Si lo entendiere, no comería con tanto contento ni se daría a gastar lo que tiene en cosas impertinentes y de vanidad» (MC 2, 11). «¿Qué es esto que se compra con estos dineros ... ? Muchas veces se procura con ellos el infierno y se compra fuego perdurable y pena sin fin» (V 20, 28).

¿Quién no ve aquí un reflejo exacto de la doctrina del mismo Jesucristo sobre la dificultad que tienen los ricos para salvarse? (Cf. Lc 18, 24-27).

Pero, como también los ricos son hijos de Dios y se encuentran en este gravísimo peligro, pide a sus hijas una oración por ellos:

«Esto no nos hace al caso más de para que supliquéis al Señor les dé luz no se estén en este embevecimiento y les acaezca lo que al rico avariento y para que alabéis a su Magestad que os hizo pobres y lo toméis por particular merced suya» (MC 2, 9).

Y no hagan nunca caso de esta clase de ricos que vienen a pedirles oraciones para que Dios les conserve sus dineros:

«Yo me río y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar, hasta que roguemos a Dios por negocios y pleitos por dinero, a los que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos... ¿Y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se los diese, terníamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías» (CE 1, 5).

Seguramente esta clase de ricos son de los que caricaturiza la Santa diciendo que no cometen graves pecados y que dan limosna de cuando en cuando, y que son creyentes y religiosos practicantes, pero que andan lejos de practicar la justicia. En fin, la Santa afirma de la manera más rotunda estas tres cosas:

1ª. La perfección y el dinero son incompatibles:

«En habiendo interese no hay santidad» (Cta 160, 4).

«Dios nos de la perfección y a ellos sus dineros» (Ibíd. 6).

2. En esta sociedad en que vivimos el rico es siempre honrado y el pobre despreciado:

«Tengo para mí que honras y dineros siempre andan juntos y quien quiere honras no aborrece dineros; y que quien aborrece dineros que se le da poco de honra; Entiéndase bien, que me parece que esto de honra siempre trae algún interesillo de tener rentas y dineros; porque por maravilla, u nunca, hay honrado en el mundo si es pobre; antes, aunque sea en sí honrado, le tienen en poco. La verdadera pobreza trae una honraza consigo que no hay

quien la sufra» (CE 2, 5-6). «Los pobres no son honrados» (CE 20, 1).

¿Quién no descubre en estas palabras un trasunto de la carta del apóstol Santiago? (cf Sant 2, 1-13).

3. El origen de las desavenencias sociales en el mundo está en el dinero:

« ¡Oh, si todos diesen en tenerlos [a los dineros] por tierra sin provecho, que concertado andarla el mundo, que sin tráfigos, con qué amistad se tratarían todos! Si faltase intereses de honra y de dineros, tengo para mí se remediaría todo» (V 20, 27).

Las riquezas, en efecto, proceden de la injusticia y crean nuevas injusticias. Crean, asimismo, la diferencia de clases y los grupos de presión; en definitiva, la lucha entre hermanos. Si no se diera esta desmedida ansia de dineros, el mundo, como dice la Santa, andarla concertado y los hombres todos estableceríamos una convivencia de amigos, es decir, «se remediaría todo».

4. El pecado de la murmuración

Un pecado que Santa Teresa jamás tuvo. Ella misma lo atestigua:

*«No era inclinada a murmurar ni a decir mal de nadie» (V 32,7).
«Vi nuevas en mí estas virtudes: no tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda murmuración, porque traía muy delante cómo no havia de querer ni decir de otra persona lo que no quería dijese de mí» (V 6, 3).*

Caer en la vileza de la murmuración es lesionar uno de los derechos fundamentales del hombre: el derecho a la fama y al honor. Al hombre no le están permitidas las críticas, las

murmuraciones y los chismorreos sobre la vida de los demás, oficios estos propios de hombres mezquinos y ruines (cf. Prov 11, 13! lx 20, 19). No se pueden airear los trapos sucios de nadie, porque eso sería desfigurar la figura perfecta, que debe mantenerse siempre intacta en intocable perfección. El hombre está gravemente obligado a guardar secreto de las faltas ajenas, siempre que no lesionen los derechos de la comunidad (Dt 22, 13-14. 1819). Cuando haya que hacer una denuncia de la conducta ajena se deben seguir las reglas evangélicas establecidas por Jesucristo y que la Santa formula de este modo:

«Cuando se vea alguna falta en las hermanas, si la falta va contra la Regla y la Constitución, avisar a la interesada "y si no se enmendare, al perlado; esto es caridad... Mas hase de advertir mucho no lo tratar una con otra, que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia y comenzar costumbres de murmuración"» (LM 2, 18).

La Biblia nos ordena que no nos convirtamos en jueces de nadie:

«No juzguéis y no seréis juzgados, pues con el juicio, con que juzguéis, seréis juzgados» (Mt 1, 1-2). «Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano?... Dejémonos ya de juzgarnos los unos a los otros» (Rom 14, 11-13). «No habléis mal unos de otros. El que habla mal de su hermano, habla mal de la ley. Y si juzgas a la ley no eres cumplidor, sino juez de la ley. Y uno solo es el legislador y juez, el cual puede salvar y condenar; pero, ¿quién eres iii para juzgar al prójimo?» (Sant 4, 11-12).

Ante los ojos de Dios todo está al desnudo, pero a los ojos de los hombres hay muchas cosas que deben permanecer siempre ocultas. La vida privada de cada cual es intocable. La intimidad de la persona no puede salir a la luz pública. Mientras que la conducta privada no incida en la vida social,

en el bien común, el individuo tiene derechos absolutos a vivir su propia vida.

A la Santa le venla de herencia el no murmurar jamás. Dice de su Padre que era «de gran verdad y que jamás nadie le vio murmurar» (V 1, 1). Tiene un pésimo concepto de los murmuradores. Piensa, además, que son incorregibles:

«Decir a un murmurador que es la voluntad de Dios querer tanto para sí como para su prójimo, u para su prójimo como para sí, no lo puede poner a paciencia ni basta razón para que lo entienda» (CE 57, 1).

Transcribimos las tres reglas de oro dictadas por la Santa:

1. ^ª *«Miremos nuestras faltas y dejemos las ajenas» (3 M 2, 13).*

2. ^ª *«Procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en las otras y atapar sus defectos con nuestros grandes pecados» (V 13, 10).*

3. ^ª *«Tener a todos por mejores que nosotros» (V 13, 10).*

A mí me llama mucho la atención esta frase de Santa Teresa:

«Bienaventurada tal sierva de vida activa que no murmura sino de sí. Hasta más querría yo ser ella que algunas contemplativas» (CE 29, 3).

Una persona que no murmura de nadie está muy por encima de los contemplativos murmuradores, a los que parece conocer y aludir la Santa.

Estos cuatro rasgos, aunque breve y muy superficialmente expuestos, patentizan la dimensión humana y social del hombre de hoy. Personalmente, pienso que a veces se ha deshumanizado a la Santa y se la ha puesto como un modelo

prácticamente inaccesible e inimitable de misticismo y de contemplación. Nos está haciendo falta un libro con imaginación que debería ser fruto de este Centenario y que llevara el título de «Santa Teresa y nuestro tiempo».

VII. LA MUJER BÍBLICA

La vida de la Santa tiene mucho de lo que hoy llamaríamos una mujer contestataria; sus hechos y sus dichos tienen acentos de manifiesto revolucionario. Como las Bienaventuranzas, carta magna del reino de Cristo, que configuran de la manera más exacta y precisa el talante del hombre y de la mujer bíblica y que constituyen igualmente el más vigoroso y revolucionario manifiesto en favor de las clases humildes y oprimidas.

1. *Adelante los pobres.* Así Santa Teresa, cruzando los caminos de nuestra amada patria de la mano de la pobreza evangélica, como sus grandes amigos, San Francisco de Asís y San Pedro de Alcántara, construyendo humildes, chicas y angostas casas, feliz remanso de unas «pobrecitas», para las que cualquier rincón basta (C 2, 9), que lo dejan todo para ser dichosas con la nada, pequeños monasterios cercados por los grandes muros de la pobreza, al estilo de los de Santa Clara (C 2, 8), pues la pobreza es «un bien que todos los bienes del mundo encierra en s» (C 2, 5). Jamás «edificios suntuosos», casas grandes, «construidos con la hacienda de los pobrecitos». Y si algún día se hicieran así, que se caigan, que aplasten y que maten a todos (C 2, 8-9). Las suntuosidades no le van bien a la Iglesia, que debe ser y presentarse siempre como la Iglesia de los pobres. Sólo los pobres de voluntad pueden ser dichosos;

desarraigados plenamente de los bienes efímeros de la tierra, lo esperan todo confiadamente del cielo. Y son los únicos que, por ser pobres, saben compadecerse de verdad de los pobres, y los únicos capaces de establecer en el mundo el reino de Cristo. Santa Teresa, desprendida de todo, caminó por el mundo siempre como señora de todo, y nunca como esclava de nada, como una mujer libre, con la maravillosa libertad de los hijos de Dios, «que es señorío de todos los bienes del mundo, quien no se le da nada de ellos» (C 2, 4). No querrá tener ni tan siquiera lo necesario y vivir siempre de limosna (CC 2, 4). Porque aprendió muy bien que para ser digna esposa de Jesucristo, un pobre de solemnidad, tenía que ser la más exacta reproducción de la dama pobreza.

2. Adelante los que condenan la violencia y proclaman la mansedumbre y la dulzura como norma de convivencia humana. La mujer bíblica, como la Santa, es derrochadora de simpatía y de cariño, consoladora de corazones afligidos, repartidora de equilibrio y de serenidad. Contagia per doquier la paz infinita de la que ella goza, como el fruto más preciado de su absoluta confianza en Dios, que rige inexorable y amorosamente la historia de los pueblos y de los individuos. Todo está en manos de Dios y nada puede perturbarnos:

«Por nada te acongojes,
nada te turbe,
y venga lo que venga
nada te espante».

Hay que caminar por la vida con fe y con humildad y con una inmensa capacidad de comprensión y de adaptabilidad, y hacerse todo para todos para alegrar a todos, y considerar a todos los hombres, sin excepción alguna, como hermanos muy

queridos, y saber perder para poder luego ganar. Sin perder jamás el sosiego del alma, pues, como dice la Santa, «con la inquietud no se puede servir a Dios» (Cta 433, 3).

3. *Adelante los que sufren.* Adelante, con la cruz auestas por el camino del calvario. Que esta vida, como dice la Santa, no es sino «cruz y más cruz» (Cta 237, 4); en alegre y majestuoso desfile procesional, donde cada cual va cargado con su propia cruz (V 11, 5). El sufrimiento es el gran regalo, que Dios reserva a sus más fieles y leales servidores, los que están mareados cori el hierro de la cruz como esclavos de Cristo (7 M, 4 8). Adelante, y regando con lágrimas el camino del dolor incontenible por tanta ruindad propia y ajena. Dichosos, en efecto, los que lloran, los que, como Santa Teresa, gozan del don de lágrimas que derraman a raudales per los pecados de la humanidad. Felices los que lloran, los que pueden llorar, pues los que lloran son los que más alegremente viven.

«Sea mi gozo en el llanto,
sobresalto mi reposo,
mi *sosiego* doloroso
y mi *bonanza* el quebranto».

4. *Adelante los que trabajan con ahínco para que se implante la justicia en el mundo.* El hombre bíblico no tolera las injusticias, las denuncia con todo vigor y fortaleza y trata de eliminarlas con todos los medios a sus alcance, aunque ello le origine complicaciones y disgustos, porque sabe muy bien que un cristiano en perfección debe complicarse la vida por defender los derechos humanos; sabe que todos somos exactamente iguales, que todos tenemos los mismos derechos, que Dios ha echado el mismo rasero por encima de

todos los hombres; sabe que la justicia es el primer postulado en el Reino de Dios; que los legisladores deben promulgar leyes justas, que amparen y protejan a todos los ciudadanos por igual, sin dejarse llevar nunca de los propios intereses, de favoritismos o de grupos de presión. En el Reino de Dios no puede haber marginados; los gobernantes están para servir a los gobernados, como Jesucristo, que, siendo el primero, vino a servir y nunca a ser servido. En los palomarcicos de la Madre Teresa la norma suprema fue la de la igualdad. En la tabla de oficios y quehaceres aparecen en turno rotativo los nombres de todas las inquilinas, comenzando por el de la priora, que barre como todas y como todas tiene que pasar por la cocina. En el Reino de Dios nadie en nada es superior a nadie. Santa Teresa sentencia de la manera más rotunda y tajante que el camino verdadero es el de la justicia (V 13, 5), que a más justicia, más perfección (3 M 2, 10). y que sólo hay amor a Dios cuando hay justicia (V 11, 13). Denuncia al propio tiempo las injusticias que encuentra por tierras andaluzas (Cta 101, 3), la injusticia de las riquezas diferenciadoras. Y al estilo de los grandes profetas de la Biblia quiere decir a los que mandan y a los reyes, a voces y con grandes ímpetus para que la oigan bien, que deben procurar más que un gran señorío, que haya rectitud en el reino, que haya justicia (V 21, 1).

5. *Adelante los misericordiosos*, los que practican la misericordia. La misericordia está por encima de la justicia y, por tanto, siempre la supone y jamás la olvida. Se ejerce en el amor. El misericordioso es un hombre compasivo. Donde hay una necesidad, allí está él para tratar de remediarla. Da de los suyos con alegría y con generosidad. Da comida al hambriento y bebida al sediento, vestido al desnudo y cobijo al que no tiene casa, alivio al enfermo y consuelo al encarcelado. Esto es

exacta y justamente la misericordia: la realización de estas seis cosas por las que todos, al fin, vamos a ser juzgados. El misericordioso lo perdona todo, lo comprende todo, casi llega a justificarlo todo. Jamás recrimina a nadie, jamás juzga y jamás condena las conductas ajenas. Es un amigo fiel que jamás abandona y siempre ayuda. Sabe que habrá un juicio final lleno de misericordia para el que aquí misericordia tuvo. Santa Teresa ejerció en sumo grado esta virtud para parecerse un poco más a Dios en el que, como ella dice, la justicia es la misma misericordia (2 12.). Consideró que toda su vida no debía ser otra cosa que un canto a las misericordias del Señor. Precisamente por eso el libro de su vida lo tituló así: «El libro de las misericordias del Señor» (Cta 391, 2).

6. *Adelante los limpios de corazón.* ¿Y dónde encontrar un hombre o una mujer de corazón limpio como Santa Teresa? Limpio como un cristal transparente y traslúcido. Así fue ella. Lo que aparentó, eso exactamente fue. No conoció lo hipocresía, ni la falsedad, ni las dobles intenciones. De ella es esta frase: «Puedo errar en todo, mas no mentir, que, por la misericordia de Dios, antes pasaría mii muertes» (4 M 2, 7). Fue justamente la antítesis del fariseo. Nunca trató de engañar a nadie, pues fue la sinceridad misma. En ella no hubo recovecos, ni cavidades oscuras, ni caminos tortuosos, ni actitudes innobles, pues fue nobleza pura. La verdad y la luz fueron atributos esenciales de su ser y de su actuar. Caminó siempre segura y sin temor alguno, con la cara bien aita, pero nunca erguida, con el gesto sereno, pero nunca altivo, irradiando la luz de su corazón iluminado, un corazón simple y sencillo, transparente y puro, veraz y honesto, que no se manchó nunca por más que amó y amó a todo y a todos, como el sol que lo ilumina todo, desde el oro brillante al sucio

estercolero y jamás se enturbia su lucidez y su esplendor. Un corazón ancho como esta tierra de Castilla, que se rompió y dejó de latir de tanto amar.

7. *Adelante los pacificadores*, los que quieren la paz y trabajan con todas sus fuerzas para que la paz reine. Estos hombres saben y proclaman que la guerra no tiene nunca justificación posible; que la paz es el don mesiánico por excelencia; que en el reino de Dios todos constituimos una gran familia, donde debe reinar el amor, la paz y la armonía; que el odio y la malquerencia son incompatibles con el Evangelio; detestan con todo su corazón las contiendas, las rivalidades, los litigios; condenan los enfrentamientos entre los individuos y entre los pueblos; realizan los máximos esfuerzos para erradicarlos de la tierra; predicán la paz, la no violencia, el mejor entendimiento entre todos; viven en paz con ellos mismos y con los suyos; y tienen como programa de su vida luchar por el establecimiento de una convivencia pacífica entre todos los hombres. Eso fue Santa Teresa, una mujer pacífica y pacificadora, empeñada en que todo el mundo, y en especial sus hijas, consiguiera la «paz interior y exterior» y que todos vivieran y murieran en esta paz, cosa que está en manos de los hombres (F 27, 12).

8. *Adelante los perseguidos*, los que, por apostar por Jesucristo, que es la justicia misma, son entregados a los tribunales y hasta metidos en la crce¹. Los que, por ser decididos defensores de los derechos humanos sagrados e inviolables, sufren persecución penosa. En la persecución está su triunfo, verdadera situación de privilegio. En la tribulación está su gloria, su gozo y su alegría. Os aseguro que no hay nadie más feliz que el que cae en manos de la justicia por defender una causa justa, ni nadie más querido y alabado por

cielos y tierra que el inocente condenado. De esto Santa Teresa supo mucho, perseguida por propios y extraños. Afirma que uno de los mayores sufrimientos de su vida fue la persecución que sufrió por parte de los buenos (F 28, 18; 30, 6). Persecuciones furibundas en los inicios de su vida de fundadora. Luchas aquellas sin igual frente a los desaforados alborotos del pueblo, frente a las violentas y furiosas acusaciones de monjas y de frailes y frente a las decisiones y amenazas de los administradores de la justicia, los Regidores y Corregidores de la ciudad de Ávila. La Santa jamás perdía la serenidad y la fortaleza de espíritu. Se acordaría, sin duda, de las palabras del Señor: «Adelante los perseguidos». La obra no se podía frenar, había que seguir adelante, adelante siempre. Aunque arrecien las persecuciones y sea demandada a los propios tribunales de la Santa Inquisición como una mujer exaltada y loca, alumbrada e histérica, supersticiosa y embustera, propagadora de una doctrina nueva llena de engaños y de brujerías, recogida en un libro —el libro de su vida— que circula secretamente con daño para la república. Cuando sus amigos más queridos y sus propias hijas estaban acongojados y afligidos ante persecución de tal envergadura, ella, con un contento grande pronunciaba estas palabras: «Ojala nos quemasen a todas por Cristo!»²⁰.

Todo esto y mucho más fue Santa Teresa de Jesús, una mujer bíblica, una de las cuatro personas, que a lo largo de la historia del cristianismo, han vivido en plenitud el Evangelio: San Pablo, San Francisco de Asís, Don Quijote de la Mancha y ella misma.

²⁰ *Ibid.*, pág. 681.

SIGLAS DE LA OBRAS DE SANTA TERESA QUE VAN EN LAS CITAS

- A = Apuntaciones.
- Av = Avisos.
- C = Camino de perfección.
- CC = Cuentas de conciencia.
- Cs = Constituciones.
- Cta = Cartas.
- D = Desafío espiritual.
- E = Exclamaciones.
- F = Fundaciones.
- FA = Fragmentos ácrobos.
- FP = Fragmentos postizos.
- M = Moradas del Castillo interior.
- MC = Meditaciones sobre los Cantares.
- P = Poesías.
- V = Vida.
- VD = Visitas de Descalzas.
- Vej = Vejamen.

